



Dib. LOPEZ RUBIO.—Madrid.

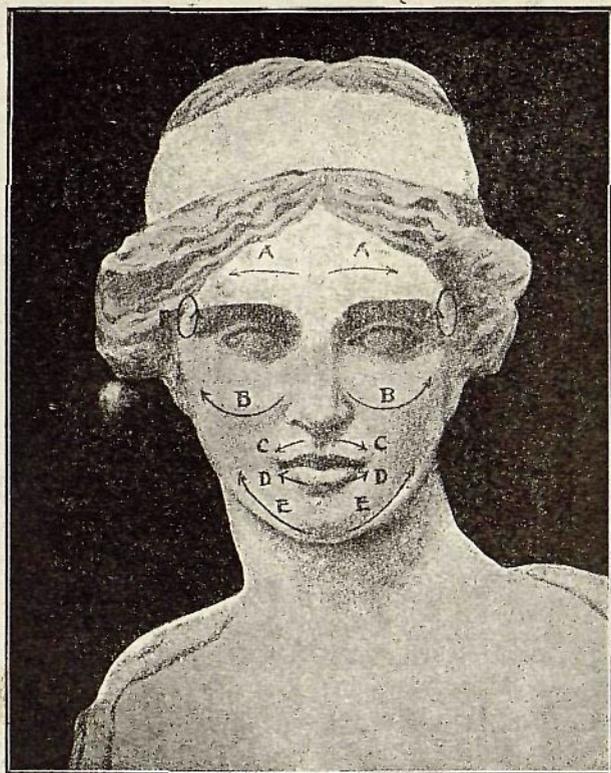
—¿Tú ves aquella señora gorda que flota allá con calabazas? Pues es doña Cunegunda. La muy tramposa. Bien podía pagarme los catorce duros que me debe.

—Entonces no es doña Cunegunda.

—¿Pues qué es?

—La deuda flotante.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

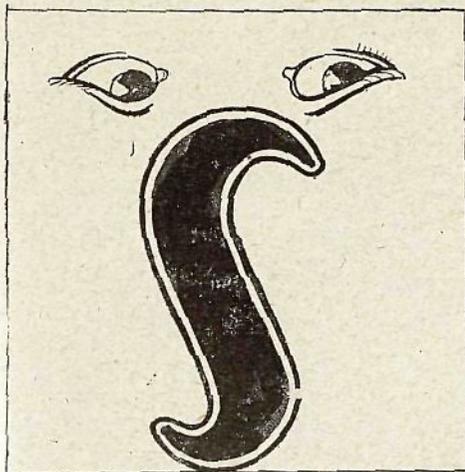
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

16.—Geroglífico.



Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

17.—De la antigua Grecia.

—Dime si *prima-tercia* tu padre, y si ha bebido.  
—Eso es una cosa que no te importa y que yo debo *tercia-dos*.  
—Es que en tu casa tenéis que ocultar los borrachos a *dos-prima*. ¡Porque hay que ver tu abuelita... la pobre!  
—Mi abuelita se pasa la vida leyendo la historia de *todo*.

CUPÓN

correspondiente al núm. 147

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Para las condiciones de este Concurso véase nuestro número 145.

18.—Marca de un arroz. 19.—De un viejo cuento. 20.—De arquitectura. 21.—Población catalana.

GRANADA  
NADA  
NADA  
NADA

DEDO  
10150500

NOTA  
CIUDAD DE LA TORRE  
INCLINADA

RESI DOS DE BASTOS DUO-O

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

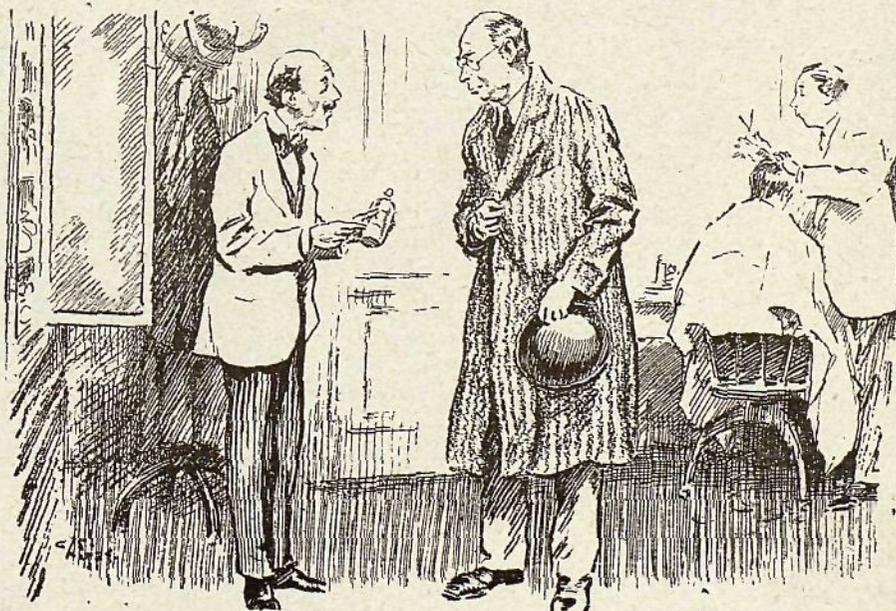
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



(De *The Humorist*, Londres).

EL PELUQUERO.—Esto hace crecer el pelo en veinticuatro horas.  
EL ESCOCÉS.—Bueno, pruébelo usted y yo volveré mañana para cerciorarme si es verdad.

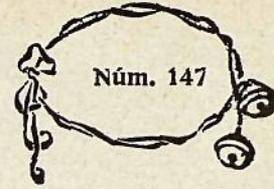
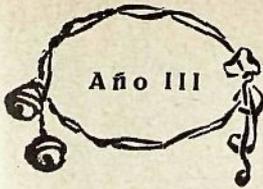


RIBAS  
ABRIL 23

Con la suavidad de una pluma  
se deslizará la hoja sobre su piel,  
si usted usa siempre para afeitarse  
**Jabón Gal para la barba**

Forma en el acto espuma abundantísi-  
ma, que no se seca en la cara y ablan-  
da en un minuto la barba más dura.

Barra, 1,50 en toda España.      Perfumería Gal.-Madrid.



## EL PELIGRO DE TENER NOVIA



SEÑORITO, que está aquí Rosendo—dice mi doméstica, empujando la puerta del despacho. —¿Eh?... ¿Rosendo?—pregunto absor-

—Sí, señorito; el dependiente de la tienda de abajo.

—Bueno, mujer; pues... que pase.

Un instante muy breve—breve como la vida de un duro en estos tiempos—, y Rosendo entra dándole vueltas a la gorra mientras exclama tímidamente:

—Usted me dispensará, don Miguel, pero no quiero marcharme sin despedirme de ustedes.

—¿Es que te vas al pueblo?

—No, señor. Es que me salgo de la tienda.

—¿Cómo es eso, muchacho?

—Ya ve usted.

—Pero, ¿después de tanto tiempo? Porque ya llevas algunos años ahí.

—Ocho años, sí, señor. Desde chico.

—¿Es que te has disgustado con tu principal?

—Nada de eso.

—Entonces—pregunto extrañado—¿cuál es el motivo?

—Pues que el jefe se ha enterado de que tengo novia... y me ha despedido.

—¡Cáspita! ¿Pero es que tener novia puede ser causa para despedir a un empleado?—digo sonriendo.

Rosendo también sonríe.

—Sí, señor—exclama—. El gremio de ultramarinos de Madrid ha tomado el acuerdo reservadamente, ¿sabe usted?, de que los dependientes no tengamos novia.

—¡Caramba, Rosendo! ¿Es que te dedicas al humorismo, tú, que has sido siempre tan formal?

—No, señor; no me dedico al... a eso que ha dicho usted. Lo que le estoy contando es tan verdad como la misa mayor del día del Corpus en mi pueblo. Los dependientes de ultramarinos de Madrid no debemos tener familia, ni cosa que la pueda acarrear, como

es una novia. Y es lo que dicen los jefes: quien quita la ocasión quita el peligro...

—Pero ¿y qué tiene que ver la familia, ni la novia con que tú seas un buen o un mal dependiente, vamos a ver?

—Pues ahí está el hueso.

—Vamos, explícate, porque el asunto me va interesante.

—Sostienen nuestros patronos—prosigue Rosendo—que los dependientes que tienen familia están siempre expuestos a que ésta les tire demasiado, y temen que esa sobra de afecto se convierta en una falta de substancias alimenticias en sus respectivos establecimientos. ¿Se ve claro?...

—¡Claro que se ve!...

—Luego ¿les da usted la razón?

—¡Qué disparate! Digo, que se ve claro el propósito, que es aquí lo de menos. Lo que importa es el resultado,

y ese no me alcanza. El dependiente que sale la...

—Como yo, ¿no es eso?...

—No, no es eso. El dependiente que sale ladrón, digo, ¿ves como no era eso?, no roba pensando en su familia, de la que no se acuerda... hasta que se ha gastado el importe de lo robado. No es la familia la que le impulsa a entrar a saco en algún saco. Y en cuanto a la novia, no creo que sea la Eva que le tiente al hurto... si no es de un beso... y lo más... de un bocadillo.

—¿De la tienda?

—No, de la barbilla. En suma, Rosendo, que ese no es motivo para que te marches de la tienda.

—¿Pues qué hago con la novia?

—¡Hombre, Rosendo! ¿Y me lo preguntas a mí?... Eso, allá tú.

—Digo, que como habré de elegir entre ella y la tienda...

—Lo primero la tienda, ¿oyes?

—¡Mi madre! Va a quedar traspasada...

—¿La tienda?

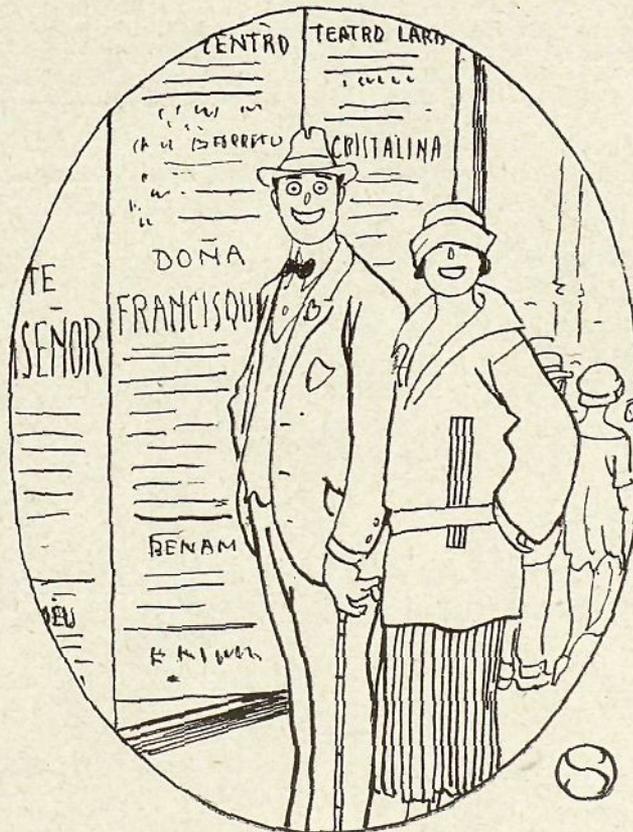
—No, señor: la novia, cuando se lo diga.

—Pero si no hay necesidad, Rosendo. Tú le dices a tu principal que la has dejado, y a ella que no la has dejado, pero que te deje, vamos, que te deje tranquilo, porque si no la vas a tener que dejar. Casarte, no te conviene nunca, pero ahora menos. Sería tu Anual, y morirías en una guardilla. Preséntate a tu amo, que entre la guardilla y el principal la elección no es dudosa. Ese es mi consejo.

—Y corro a cumplimentarlo, señor. Ya sabía yo que en usted encontraría un apoyo. Le he dado la lata, es cierto, pero mi reconocimiento hacia usted será infinito. Me marchó tranquilo a ver a mi amo. Me ha dado usted una idea, señor...

—(Y te voy a dar una patada como no te largues). Anda con Dios, Rosendo...

—Hasta la vista, señor. Y usted disimule...



Dib. SILBNO.—Madrid.

MIGUEL DE CASTRO

# FILOSOFÍA EN BOTE

Los días estivales, buscando fresco y dando al mismo tiempo solaz al ánimo, el mar contemplar suelo desde una peña... una *peña* de amigos que en el verano formamos, en la *Concha* precisamente, para que no nos llamen «los desconchados»; estamos en la playa muy comedidos, pero al dejarla—¡claro!—nos *ex-playamos*.

Asiduo componente de la tertulia es Agapito Gómez, un talentazo más sabio que los siete de Grecia juntos y cuya culta charla nos deja extáticos; en prueba de lo justo de tal elogio la «sesión» de esta tarde voy a contaros.

Hoy, a propuesta suya, fuimos al puerto y pedimos un bote para embarcarnos, no tan chico que un simple *botijo* fuera, ni un gran *botón* tampoco, mas sí un *botazo*; de que no se llamara Pedro su dueño tuvimos, desde luego, sumo cuidado, ¡pues cualquiera se embarca tranquilamente siendo Pedro botero quien va a llevarlo!

La tarde iba cayendo, mas poco a poco para así en la caída no hacerse daño; el sol iba a ponerse... o iba a quitarse, que igual da en este caso, o en este ocaso; no era aquel un *sol-feo*, pero tampoco, aunque nos daba a todos, era un *sol-dado*; la costa, que es extensa, no una *costilla*, destacaba a lo lejos algunos cabos arrogantes y erguidos (¡no os figuréis que al estar en la costa se han *acostado!*)

Ya apartados de tierra, rompió el silencio que sin previa consigna todos guardábamos, e hizo unas reflexiones que, como suyas, eran aún más profundas que el océano.

—Ved cómo el mar nos hace variar—decía— ideas y conceptos muy arraigados;

admiráis al marino que *mete el remo*, y os reís de cualquiera que haga otro tanto; nuestro patrón es hombre que *fuma en pipa*, y vedle qué risueño nos va mirando; aquí una *tromba* ofrece graves peligros, en tierra el *trombón* ruge, mas no hace daño; allá, si hay una alarma, corre la gente, y aquí en el peor trance, que es un naufragio, cuando el barco se hunde, ¿sabéis qué hace la tripulación? ¡Nada!... ¡Los hay apáticos!

Observad nuestro bote: tiene dos bandas y en ellas de seguro ni habéis pensado; en cambio, cualquier *banda* de cualquier pueblo pasa por una calle y arma un escándalo; si una vela encendemos, de protegerla contra el viento en seguida nos preocupamos; mirad cómo sus *velas*, en lontananza, un bergantín al viento va desplegando; y es más, ¡si las arrían los tripulantes no penséis que por ello van *desvelados!*...

Al llegar a este punto, llamó Agapito; de sudor, en su frente gotas brotaron, e inclinándose luego sobre la borda tras violentas arcadas... dió el espectáculo.

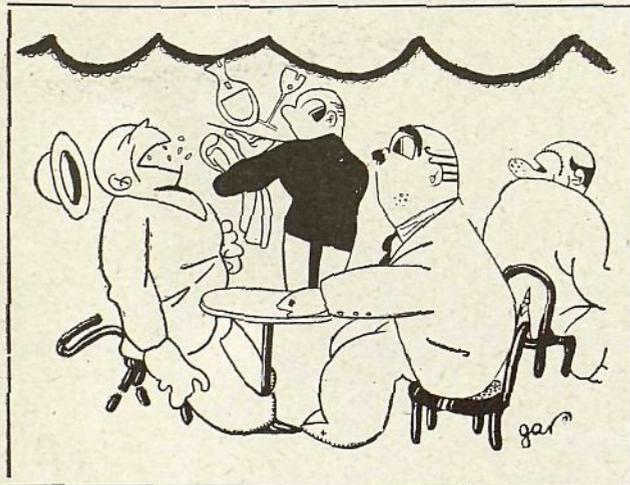
—¡Es líquido que arroja!—dijo un contable.

Un banquero: —¡El *balance* le ha mareado!

—Que cambie la peseta—terció un cajero— no es de extrañar, pues éste siempre fué *franco*...

Hablar él no podía; pero al oírnos tales apreciaciones, siguió arrojando miradas tan furiosas sobre nosotros, que al momento las nuestras de él desviamos fingiendo interesarnos por el velero; mas ya era imperceptible por lo lejano y; volviendo los ojos hacia la costa, no miramos las *velas*, sino los *cabos*.

MIGUEL A. CALVO ROSELLÓ

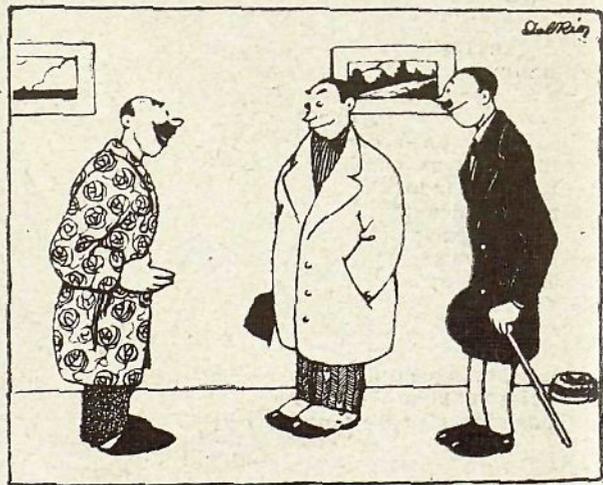


Dib. GAR.—Madrid.

—Yo, siendo joven, anduve una vez cinco leguas para ir a dar una paliza a un amigo mío.

¿Y regresó usted a pie?

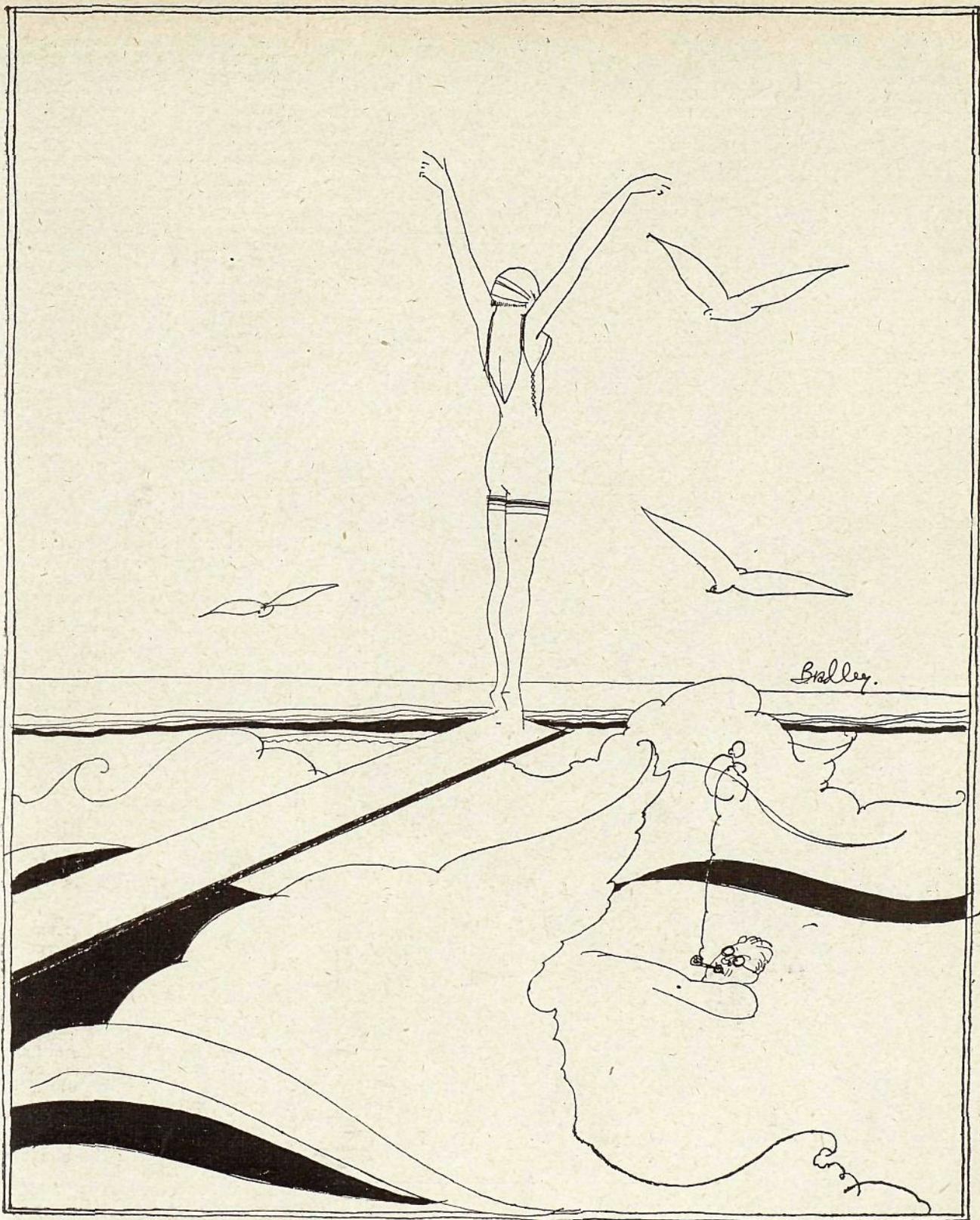
—No, señor; en una camilla.



Dib. DEL RÍOS.—Barcelona.

—Venimos a pedirle una reparación en nombre de Pérez...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Pedirme una reparación a mí! ¿No saben que soy casero?



Dib. BRADLEY.—Madrid.

—¡Qué torpe! ¿No sabes nadar?..  
—No, Maruja, es que cuanto más sube la marea, me encuentro más pez...

# UN VIAJE A MARTE

«Estaremos encantados de recibir su visita; avisen llegada con algunos días.» Este fué el mensaje que recogieron todos los observatorios del mundo. Era el resultado de constantes estudios y de numerosos ensayos infructuosos. Marte había contestado y esperaba la visita de una representación de habitantes de la Tierra.

Se comenzaron inmediatamente los trabajos para ello; ante todo era necesario un artefacto volador lo suficientemente rápido y seguro para realizar el viaje.

Después se procedió a averiguar quién iría al planeta. Todos quisieron ir, miles de personas pusieron en concurso su mejor derecho. —Yo iré en nombre de la Ciencia; yo en el de la Iglesia, yo en el de las fuerzas arma-

das, yo en el de los vegetarianos, yo... todos, todos quisieron ir.

Un tribunal internacional hizo la selección: hombres de Derecho, historiadores, geógrafos, geólogos. Fueron seleccionados; en total, una docena de individuos de diferentes razas.

El aparato partiría de París y las representaciones de todos los países del mundo acudieron con anticipación para asistir a ese acontecimiento extraordinario.

Los representantes de todos los países se fueron encontrando de incógnito en todos los music-halls y en todos los cabarets de la maravillosa capital, lo que hizo que se conociesen profundamente y resultase una más grande unión entre los países del orbe.

El día de la partida, miles y miles de

personas rodearon el parque de donde saldría el aparato. La ciudad había sido engalanada y en todas las calles por las que atravesaron los audaces viajeros, se habían levantado arcos triunfales. de algunos balcones arrojaron serpentina y de otros flores. Era una apotheosis. Los ilustres embajadores llevaban una semana de agasajos, banquetes, recepciones, funciones de teatro, partidos de fútbol, todo ello en su honor. En todas partes habían sido ovacionados por la multitud, y los jefes de Estado de todos los países los habían honrado con sus más prestigiosas cruces.

Habían oído ciento ochenta y nueve discursos de despedida.

El momento en que entraron en el aparato fué solemne. Un jefe de Estado, en representación de todas las naciones, les deseó en breves palabras un feliz viaje, ensalzó la importancia de éste y terminó afirmando que «los lazos que desde siempre habían unido a los dos planetas se estrecharían cada vez más, ya que se trataba de dos planetas hermanos».

Y comenzó el viaje; en el interior de la aeronave se reunieron los personajes. El alemán Krutuyen, el inglés Smitten, el yanqui Brown, el general Mulach, alemán también; un italiano y un portugués; el español había llegado tarde a la partida del aparato.

Con rapidez vertiginosa se fué alejando de la tierra; los latinos, todo ojos, vieron primero empuñarse París, después la gran mancha de la tierra se fué achicando y llegó un momento en que comenzó a tomar su redondez natural. En el interior del aparato, Mulach narraba hazañas guerreras.

Esta gran cruz—decía señalando una de las innumerables condecoraciones que cubrían su pecho, como una cartelera teatral— la gané en la batalla del War. El enemigo, loco de orgullo y creyéndose el más fuerte, atacó de frente a mi ejército, pensando que lo aplastaría, pero no fué así; si ellos eran los más fuertes, los míos eran los más veloces, y el enemigo no los pudo coger.

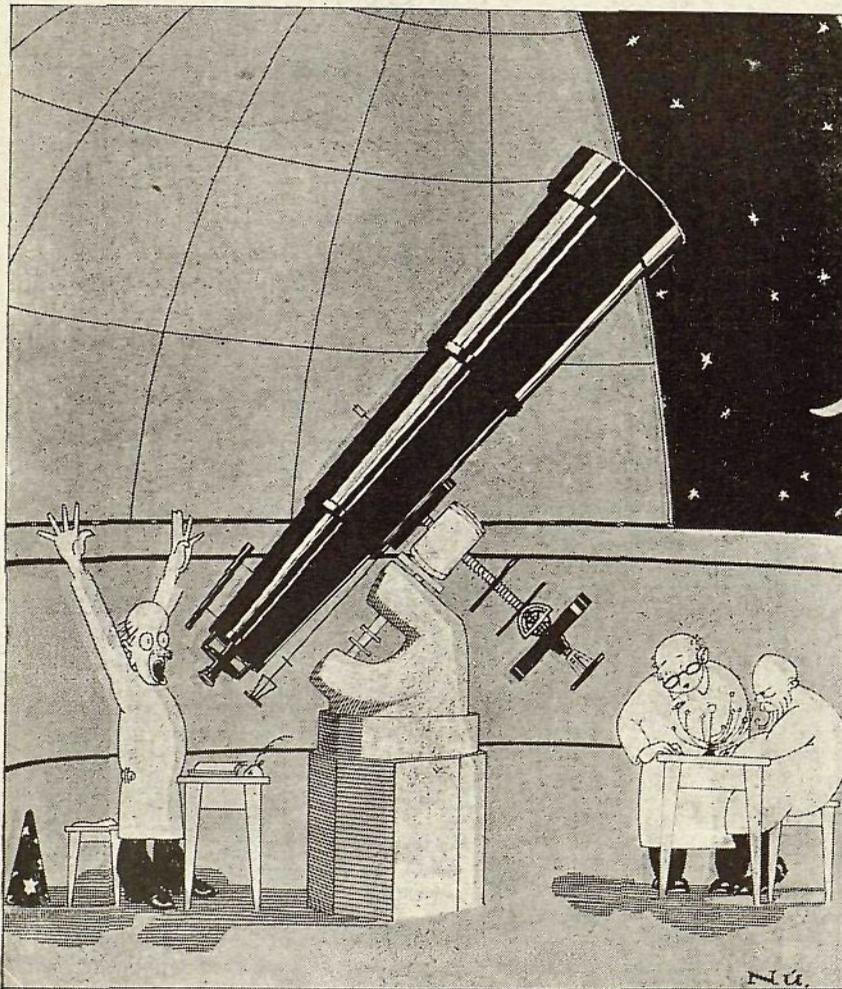
Yo, sufriendo un pertinaz ataque de reuma en una pierna, no pude correr y tuve que enténdmelas con el enemigo.

Detuve su marcha, me di a conocer, me llevé a un grupo de oficiales a la capital de su país y allí, para fastidiarlos, me recliné en un recinto rodeado de alambres espinosos hasta el fin de la guerra. Al volver a mi patria me condecoraron por no haber corrido en la batalla del War.

El profesor alemán lanzaba teorías sobre la forma de los Marcianos.

Lo más probable, aseguraba, es que sean bípedos y tengan alas; el Creador ha debido de corregir los defectos de los hombres en estos seres. Tendrán, pues, alas y su naturaleza será mucho más perfecta que la nuestra. No tendrán caries dentarias, por ejemplo.

El Creador, comprendiendo lo inútil



—¡Eureka! ¡Eureka! ¡Ya he descifrado las señales de Marte! Dib. Nú.—Madrid.  
—¿Y qué dicen?  
—Que tengamos la bondad de esperar un rato, que están comunicando con la Luna y no les dejamos entenderse...

que resultaba el haber dispuesto que esos microbios atacaran a un cuerpo tan delicado como son las muelas, habrá hecho que en Marte, o no existan las caries o se nutran de piedras.

Mulach intervino: —Será curioso el ver una gran revista militar en Marte.

Los demás viajeros no contestaron ni hicieron el menor gesto de júbilo.

Un latino rogó al general que relatase cómo había obtenido otra gran cruz, y Mulach habló:

—Mi ejército sitiaba la ciudad de Prizl, pero el enemigo se defendía tan tenazmente que no nos era posible entrar en la población.

En ese tiempo comencé a sentir con más fuerza que nunca mis acostumbrados dolores reumáticos en las piernas. Recordando que en la ciudad sitiada tenía su clínica el más célebre especialista en esa clase de enfermedades, resolví abreviar el asedio, entrar con mis tropas en Prizl y hacerme curar.

Así, pues, di orden de avance a mis gentes; pero, por lo visto, éstas la entendieron mal y en vez de avanzar hacia la ciudad se disolvieron y se marcharon en grupos a sus pueblos.

Entonces me encontré solo frente a Prizl.

Mantuve el asedio dos días, y como viese que los defensores, sin duda aterrados, desguarnecían las murallas, me lancé resueltamente a la conquista.

Entré, sin lucha, por la puerta principal; no había ningún soldado; sólo un viejo de gorra galoneada me preguntó si tenía algo que declarar.

Vi al médico, telegrafíe a mi Gobierno que había entrado en la ciudad. Eso fué todo; de ahí la gran cruz.

Brown expuso a continuación una teoría, ampliación de la del profesor alemán, sobre la manera de reproducirse los Marcianos:

—El Creador, en la tierra ha hecho dos ensayos principales de reproducción. Los que se reproducen como los humanos y la mayoría de los demás animales, y los que, como las aves, nacen en un huevo.

No cabe duda de que el segundo procedimiento es mucho más perfecto que el primero. Y yo creo que lo habrá adoptado para Marte, como más higiénico, más limpio y menos doloroso.

Mulach añadió: —Y además, que cuando no se quiera tener descendencia, se los come uno fritos.

Siguieron las suposiciones largo rato.

—Tienen un solo ojo—decía uno—. Tienen tres —aseguraba otro—, el tercero colocado en el interior del cuerpo, para ver cuando están enfermos lo que tienen.

De repente los latinos tiraron sus cigarrillos y comenzaron a dar voces: ¡Marte! ¡Marte! ¡Marte!

Todos se precipitaron a las palancas de mando y momentos después se sentía un ligero choque en las ruedas, y luego la inmovilidad.

—Ya estamos—dijo Brown; abrieron la puerta y vieron ante ellos una multitud de hombres y mujeres que agitaban pañuelos saludando. Al frente de ellos una docena de caballeros enlevitados, chistera en mano.

Una banda de música atronaba el momento con un vals.

Un gesto de uno de los enlevitados detuvo la música, cerrada a cerrojo por un golpe del bombo.

Después, y accionando con la chistera, se dirigió a los viajeros y les habló: «Hombres de la Tierra, es para mí un honor el tener que dirigiros la palabra en nombre de todos los Marcianos; la casualidad hace que sea yo el elegido para este acto trascendental, y no mis méritos (hubo unos murmullos de aliento).

»Yo no soy orador, así es que permitidme dé aquí fin a mi discurso deseando que este viaje que acabáis de terminar sirva para estrechar los lazos que siempre han unido la Tierra con Marte.»

Hubo aplauso; los viajeros, estupefactos, desfilaron por unas calles, corrientes, llenas de tiendas y de anuncios.

Desde los balcones de algunas casas les arrojaron serpentinas y flores; de trecho en trecho se levantaba un arco en su honor.

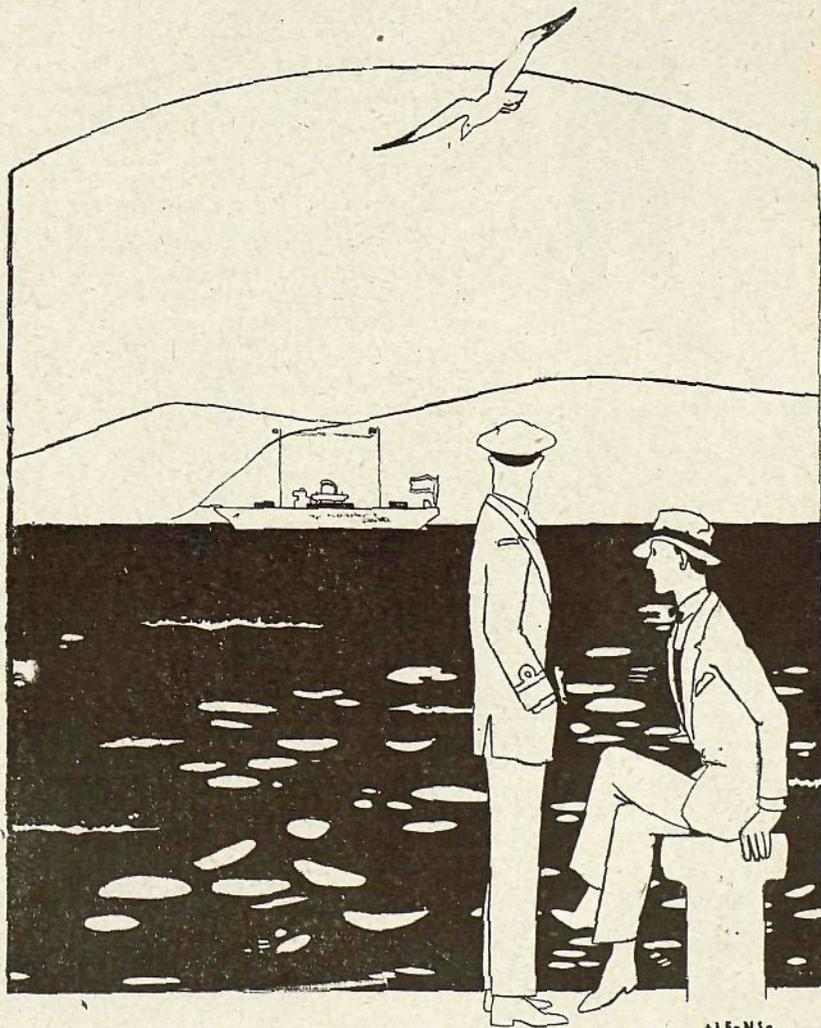
Los viajeros fueron conducidos a un hotel; el ascensor no funcionaba. Después asistieron a un banquete, y les leyeron el programa de festejos que en su honor se iban a celebrar.

Banquetes, recepciones, partidos de fútbol y discursos sin fin.

A última hora de la noche los latinos eran los puntos fuertes de los cabarets; los anglosajones hacían esos por las calles.

Y Mulach, en una plaza, ante numerosa concurrencia, describía la retirada de Prusch, en la que, gracias a un reuma que le dejó inmovilizado, ganó la más grande de sus cruces.

EDGAR NEVILLE



ALFONSO

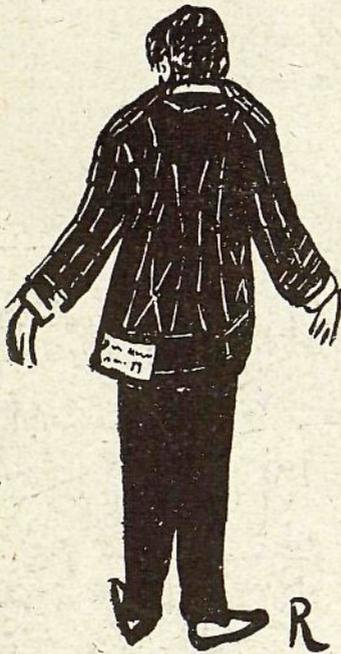
Dib. ALFONSO.—Madrid.

—Si fuera mío ese barco pedía el retiro...  
—¿Para poner a 20 céntimos la vuelta?

## RAMONISMO

## LA PRUEBA

Conocemos los *Nuevo Mundo* atrasados de los sastres, en cuya mesita de revistas se encuentra también *La Ilustración Americana y Española*.



La consulta del sastre es variadísima, y todos los que a ella asisten parecen muy avergonzados de ser tan ricos como para hacerse un nuevo traje. Nadie se da consejos, y eso que estará bien discutir la forma que deba tener la americana. Se está como en una peluquería muy cara e imponente.

El que se confiesa allí dentro con el sastre parece que tarda mucho. Dios quiera que no sea un novio o sea un caballero que se tiene que probar levita, chaquet, dos trajes de americana y cinco pantalones a rayas.

La puerta se abre. El cliente está absuelto y va contentísimo como bañista que acaba de salir de la caseta.

El gran espejo espera otro espectro elegante. Una especie de hora de tratamiento con los rayos X es la que acaba de llegar.

—El que lleve más tiempo viendo los figurines, que pase—dice el sastre.

Una vez que sale de la abstracción en que parecía estar metido, avanza hacia el confesionario muy sonriente. Ahora va a espontaneizarse un rato en su camerino de primer actor.

Por fin nos llega la vez. Todo prejuicio debe ser dejado a la entrada. Debemos tener las opiniones del sastre.

Nos vamos a ver en el espejo de la ironía tentados por el sastre como si fuese un diablo de la ostentación.

Nos quitamos la americana, con cuidado de que no se la caiga la cartera, y nos quedamos tan frescos como si hiciese mucho calor.

Entramos en un rato de mucha confianza. Nos miramos en el espejo como si fuésemos *condiscipulos de sastre* de nosotros mismos.

Sostenemos un diálogo interior entre yo y yo mismo.

Yo.—Yo creí que no iba a verte, perillán.

Yo MISMO.—Pues aquí estoy de nuevo, aunque cuesta cada vez más caro un traje.

Yo.—¿Quizá un poco más gordito que el año pasado?

Yo MISMO.—No... Llevo una americana de hace tres años y no me está estrecha.

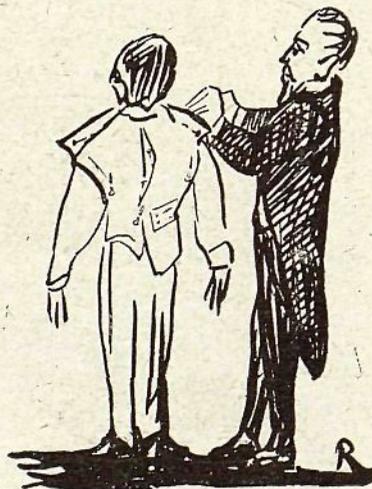
En seguida, con la prenda hilvanada, se siente uno algo así como capitán de Marina.

Adoro las prendas hilvanadas.

Siempre me había dado gana de salir a la calle con un traje hilvanado, luciendo ese tipo espectral y geométrico que toman los trajes así, dispuestos a dejarme admirar de todos con mis flacos entorchados.

—¿Y si yo me fuese así a la calle?—preguntaba al sastre, que se quedaba consternado mirándome.

Pero la idea bullía en mi mente.



Con una manga sí y otra no, no hubiese salido a la calle de ningún modo porque parecería un loco o un hombre tan distraído que perdió una manga o

que quizá se sonó con ella y la tiró después.

Pero con los respuntes claros y entrecruzados, mi aire de humorista sería



tan halagüeño que mi traje quedaría convertido en el traje atributivo del humorista.

Nunca está uno tan respunteado por la ironía de sí mismo como embastado por los hilos conductores de la ironía.

Esa feroz independencia del humorista resultaría reforzada por un traje respunteado, pues todo el mundo tendría que reconocer, dejándole paso, que era un humorista el que pasaba ante sus ojos.

Esa mezcla de desdén y de rebeldía que es el humorismo, estaría radicada en el hombre del traje subrayado.

Por eso, realizando por fin mi antiguo deseo, salí una noche con mi frac cruzado de respuntes, y tuve la suprema alegría de darme pisto en la pista con mi frac con los hilvanos deslumbradores.

Después de realizado aquel antiguo sueño ya me pruebo con más tranquilidad los trajes hilvanados y retrecheros, esperando el día de mi recepción en la Academia, para ir con mi levita hilvanada lo mismo que mi discurso.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

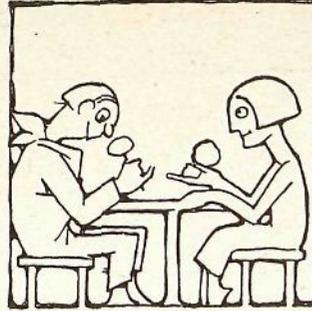
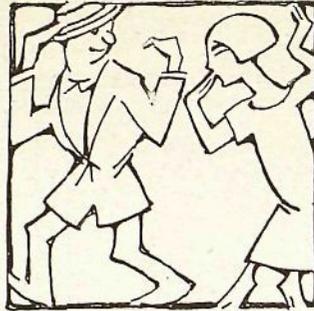
Ilustraciones del escritor.



—¡Ay, mi pobre Amadeo! ¡Era muy duro, pero no era nada falso para mí...

Dib. TONO.— Paris.

# AMOR CON AMOR SE PAGA



## ACTO I

[AL FIN SOLOS!]

—¡Amor mío!  
—¡Vida mía!  
—¡Cielo mío!  
(Etcétera, etc.)

AL DÍA SIGUIENTE

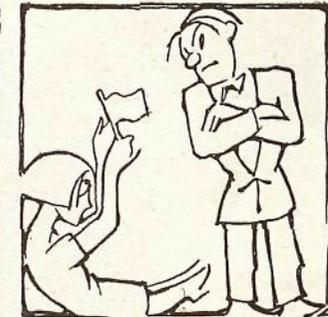
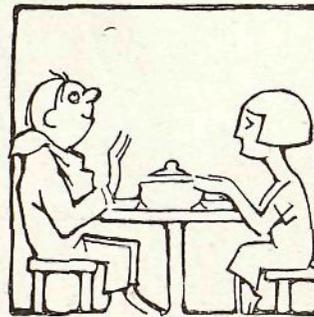
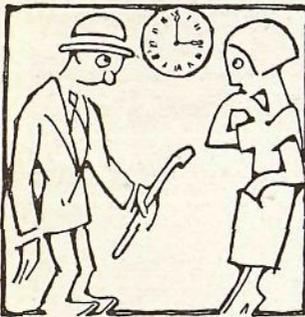
—Me voy a la oficina.  
—No tardes, vida.  
—Vengo volando.  
—¡Adiós, amor!

A LOS OCHO DÍAS

—¿Qué tiene la sopa?  
—Se habrá pegado.  
—¡Qué lástima!  
—Sí, es verdad.

A LOS QUINCE DÍAS

—Nena, tengo que salir.  
—¿No tardarás?  
—Antes de la una estoy de vuelta.



## ACTO II

AL MES

—¿No sales de la oficina a las dos?  
—Sí, pero los amigos... el vermut...

A LOS CUARENTA DÍAS

—¿Qué le pasa al arroz?  
—¡Que se me ha olvidado ponerle sal!  
—¿Sí? ¡¡Caramba!!

A LOS CINCUENTA DÍAS

—¡Esto son balines!  
—Se me olvidó ponerlos en remojo.  
(La catástrofe.)

(QUINCE MINUTOS DESPUÉS)

—Perdóname, amor mío.  
—Supongo que ahora no tendrás más olvidos.  
—¡.....!

# LA CONQUISTA

¡Maravilloso y envidiable don el de estos hombres que ven a una mujer, se le aproximan, la hablan misteriosamente al oído, la desconciertan, la enamoran... y logran de ella en un instante lo que otros consiguen en meses o en años y algunos no alcanzan nunca! ¡Singular virtud la de estos hombres que les hace risueña la vida!

Así reflexionaba, caminando despacio por las calles alegres y llenas de sol, aquella mañana luminosa, picante y clara. Una onda de optimismo henchía mi corazón. Gozaba el fuerte presentimiento de un magno suceso venturoso. Sentía el violento deseo de ahogar para siempre mi timidez, la sorpresa de una audacia inédita, golpear me gozosamente en el pecho.

En aquel instante me desumbró la presencia de una joven bellísima. Era alta, fina y rítmica; dorado el cabello; los ojos inmensos y verdes... Acompañábala una mujer de imprecisa edad y

condición subalterna. La hermosura de la joven quebró de golpe mi antigua timidez. Y, aproximándome a ella, le hablé resuelto:

—Señorita...

Me miró asombrada.

—Señorita... No creo que sea una tontería decirle que me parece usted una hembra apetitosa.

Esperé un momento, para observar el efecto que mi opinión le produjera, ero permaneció impassible. Agregué:

—No sólo me parece apetitosa, sino que entiendo que es usted suculenta.

Continuó silenciosa, y por si creía parco el elogio, insistí:

—Más aún que apetitosa, riquísima.

Volvió hacia mí sus ojos anchos y serenos. Emocionado, huhe de expresarle mi entusiasmo con esta frase que no carece de ingenio y que diputo original:

—¡Ay, qué bien saltaría a la comba con una de sus pestañas!

Pero, en vez de agradecerla, su voz sonó para ordenar fría y sencillamente:

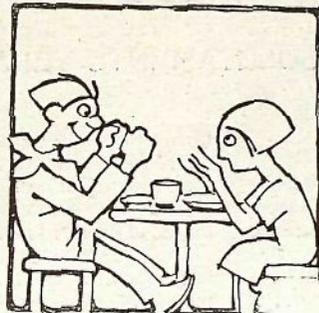
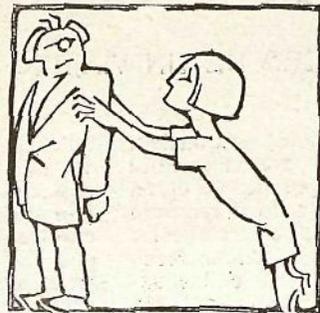
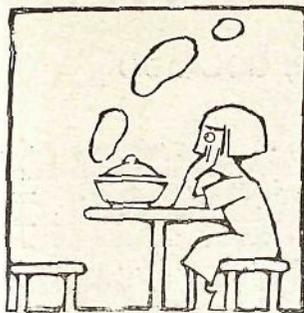
—¡Retírese!

—¡Que me retire! ¡Muy bien! — me dije. Y mientras retrocedía unos pasos, dispuse mi plan. Desde luego la seguiría sin vacilar. Ya sabía yo lo que significaba su aparente esquivéz. Así, pues, con un valor que a mí mismo me asombraba, empecé la conquista.

Me situé detrás de ellas a una distancia de unos veinte centímetros. Y en adelante procuré a toda costa conservarla. Los donjuanes inexpertos se colocan, por cobardía, a una distancia inmensa de la víctima: treinta a cuarenta metros... Ello origina el que la mujer pueda burlar fácilmente la persecución. Se ampara en la gente que a su alrededor transita, o en un automóvil o un tranvía que pasa, o se introduce en el primer portal, y el perseguidor queda chasqueado.

Pues bien. Marchar en pos de una mujer a veinte centímetros es ya disfinto. Este sistema le evita el suplicio de nuestras miradas, y posee, además,

# Tragedia representable, por BARBERO



## ACTO III

A LOS DOS MESES

—¡Dios mío! ¡Diez días sin ver el pelo a mi encantador esposo!

(MEDIA HORA DESPUÉS)

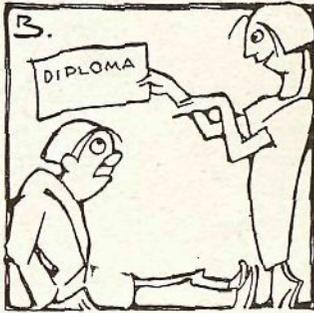
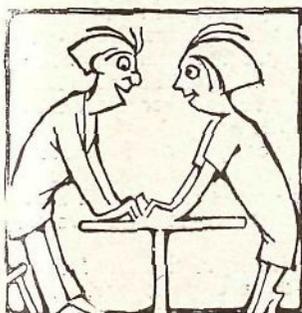
—¡Vida mía!  
—¡Alto, señora! ¿Ha aprendido usted a guisar?

(CINCO MINUTOS MÁS TARDE)

—¡Ah! ¡Oh!!  
—¿Qué sucede?  
—¡¡Salada!!  
—Gracias, amor.

(SIGUE LA ESCENA)

—¡La salada es la sopa, señora!  
(Se repite el divertido número de la bronca)



## ACTO IV

HA PASADO UN AÑO

—¡Así no podemos seguir!  
—¡Eso es, terminemos!  
—Te mataré.  
—Veremos quién puede más.

—¡Inútil!  
—¡Mequetrefe!  
—¡Caramba, esta resistencia!

—¿No estoy soñando?  
—Pégarme mi mujer. ¡¡A mí!!  
—¡No me lo explíco!

—Pues es muy sencillo, monín:  
¡Hoy me han dado de alta en una academia de boxeo!

la adorable ventaja de la máxima aproximación. La mujer, en efecto, no le ve a uno; pero tiene la absoluta certeza de que uno está allí, a un palmo de ella. Que anda, andamos; que se para, nos paramos; viene uno a convertirse, realmente, en su sombra; una sombra silenciosa y fiel.

Mas no divaguemos. Empezé a andar, según decía, detrás de la jovencita rubia. Mis largas espiraciones, acariciando su blanca nuca, le advirtieron mi presencia, y noté en ella un evidente estremecimiento de placer. Esto me satisfizo. Pero el precipitado paso que adoptaron ella y su acompañante me forzó a acelerar el mío. Es increíble la velocidad que alcanza la marcha de la mujer. Sin embargo, yo no les iba a la zaga. Mis espiraciones eran ya tan fuertes, que conseguí, alborozado, despeinar a ambas.

Pronto nos hallamos en la Bombilla. Y desde allí, rápidamente, retrocedimos hasta la Plaza de Toros. De la Plaza de Toros, a la Puerta del Sol. Eran las tres de la tarde y todos nos

hallábamos desfallecidos. Entraron en un restaurante próximo y las seguí. Después de almorzar, tomamos un tranvía en la Puerta del Sol. Y la perspectiva de que pronto conocería el domicilio de la joven me colmó de satisfacción. Mas no tardé en arrepentirme. Observé estupefacto que, al llegar al término de nuestro viaje, ambas mujeres permanecían en el interior del vehículo. Inmediatamente volvimos al punto de partida. Y de igual modo recorrimos todas las líneas tranviarias de Madrid. Eran ya las siete de la tarde cuando regresábamos a Sol, de vuelta de nuestro último viaje.

Bajaron entonces al «metro». ¡Por fin—pensé—van a acabar estas andanzas! Y descendí detrás. Pero, al llegar a Cuatro Caminos, retrocedieron a Vallecás. Y así estuvimos hasta las ocho. De Cuatro Caminos a Vallecás, de Vallecás a Cuatro Caminos. Quien no haya padecido una hora seguida de «metro», a una velocidad vertiginosa y sin finalidad de ninguna especie, es un ser feliz.

Rondaba ya los límites de la locura, cuando de nuevo aparecimos en Sol. Aspiré con delicia el aire fresco de la calle, y el vasto rumor urbano sonó en mis oídos como una música armoniosa. Apenas empezaba a serenarme y ya las dos mujeres habían subido a un «taxi». No era cosa de abandonar el cerco y asalté otro.

—¡Siga a ese coche!—ordené al chófer.

Y, desmayado, caí sobre el asiento. No sé cuánto tiempo anduvimos así. Tengo una vaga idea de que pagué al mecánico ciento veinticinco pesetas, sin la propina. Lo que sí recuerdo perfectamente es que me encontré de pronto, a solas, con la mujer odiosa y absurda, y, al ofrecerle un duro para que me diese informes de su señorita, lo rechazó, diciendo:

—Todos son ustedes iguales. Sólo se fijan en la cara bonita y el vestido elegante. En cambio, una, que sabría querer como nadie...

PEDRO G.<sup>a</sup> VALDÉS

# "BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXI

Toda tomadura de pelo es pequeña para lo que se merecen estos parisien- ses de mi corazón. Cada día observo cosas más peregrinas y escenas más abracadabran-tes, en algunas de las cuales he sido testigo, y a veces actor, y no sé ya si actriz, de unos lances tan estupefacientes que no me extraña nada el trabajo que les está costando a ustedes el creerlo.

Y sin embargo, pueden ustedes estar seguros de que todo lo que yo cuente

(con excepción del dinero) será verdad. ¡Será verdad, aunque parezca mentira y aunque los mismos parisien- ses digan que lo es, que puede que lo digan para evitar el ludibrio de mis revelaciones!

Una de las manías de esta a veces culta capital es la cortesía con el extranjero. Aquí le largan a usted una fineza por descuidado que usted se encuentre y por mala cara que le ponga al que se la va a largar.

Voy a citar algunas que me han propinado a mí, sin dar yo ningún motivo para esas exageraciones.

La primera que recuerdo fué la de un *chauffeur*, cuyo taxi-auto tomé el viernes en la *rue Cambon* porque se me hacía tarde para ir a misa. El hombre, antes de agarrarse al volante, me dijo en términos escogidísimos: *el señor me tendrá que perdonar que le vuelva la espalda...* y hasta que no vió que en mis labios se dibujaba una amable sonrisa de complacencia, no se tranquilizó ni puso en marcha el vehículo. Excusado es añadir que, como a mí a fino no me gana nadie, cuando llegó el momento de abonarle el servicio le dije a mi vez: *el amigo y caballeresco chauffeur sabrá dispensarme que no le dé más que quince céntimos de propina, pero puede contar con la totalidad de mi distinguida consideración y pedirme lo que quiera, menos que añada otros quince céntimos a los ya entregados.* Enternecióse el galante y mecánico auriga y, aprovechando el que yo iba a la iglesia, me rogó que le tuviera presente en mis oraciones, con lo cual se daría por muy bien pagado, cosa que hice, y no sin pensar que si en Madrid se me ocurre darle a un cochero de punto la propina en padrenuestros se arma una bronca que canta el credo.

También es digna de mención la frase del camarero de un restaurante a

quien pedí, en un momento de extravío dilapidador, una botella de champagne de la viuda de Clicquot. El *garçon* trajo la botella, poniendo una cara tan desconsolada, que yo creí que me compadecía, pero al depositarla sobre la mesa me expliqué su tristeza oyéndole decir: *aquí tiene el señor el champagne de la viuda de Clicquot, que en gloria esté, porque lo merecía de verdad.*

—¿Murió la viuda?—pregunté, por preguntar algo.

—No, señor. Me refiero a Clicquot, que era un ángel, como lo demostró con todas sus obras y principalmente con este champagne que no hay quien lo menee. La pena amarguísima que me produce siempre recordar al malogrado Clicquot, la mitigará hoy algo la satisfacción de que va a ser usted el que se beba la botella.

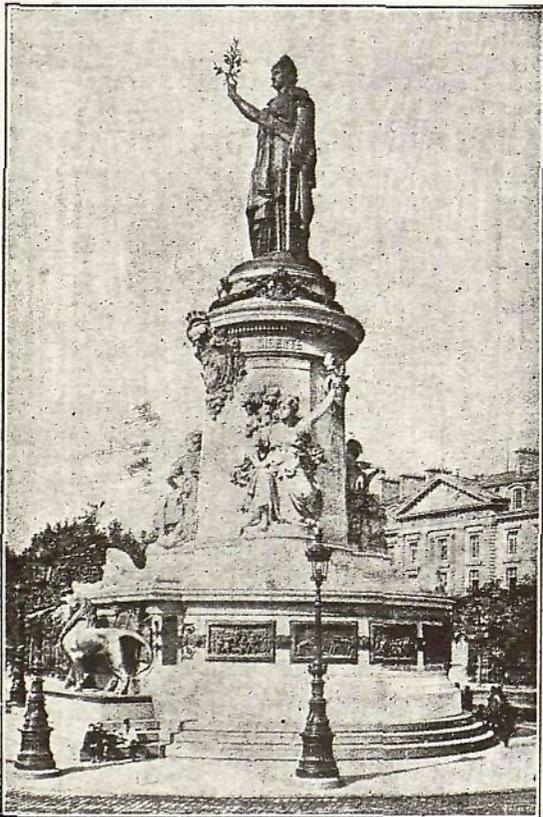
Y me quedé convencido de que, si en vez de ser yo el bebedor, es otro cualquiera, el camarero se habría llevado un disgusto como para guardar cama.

Pero nada de lo referido da idea de la finura y de la cortesía parisien- ses como la escena habida ayer noche entre un servidor de ustedes y un caballero anciano a la puerta del *water-et-cétera* del teatro de la *Renaissance*. Ambos a dos íbamos un tanto apresurados con intención de invadir la elegante cámara obscura, y con los secretos designios que su penetración de ustedes habrá ya adivinado; y ambos a dos llegamos al mismo tiempo ante la puerta que iba a conducirnos a la completa liberación y a la felicidad del deber cumplido. Creo haber dicho que tanto el caballero como yo denotá- bamos mucha más prisa de la corriente, y supongo que ustedes calcularán que no estaba el momento para finuras ni la Magdalena para tafetanes. Pues bien; a pesar de eso, en cuanto el caballero se percató de mi presencia, se quitó el sombrero y con una actitud verdaderamente procer, se inclinó ante mí, dejándome el paso libre, y diciéndome:

—¡Usted primero, señor!

Confieso mi falta, pero la veracidad me obliga a decir que accedí a su indicación sin entablar torneo alguno de galantería. Pasé, pues, delante, y dispuesto a demostrar con hechos que le obedecía en el acto. Y aquel hombre finísimo y excepcional, solamente se permitió añadir estas palabras que oí, angustiosas, por el montante:

—¡Lo único que le ruego es que salga usted en seguida!



LA ESTATUA DE LA REPÚBLICA

¿Qué les parece a ustedes este monumento, que los franceses llaman una obra realista, todavía no sabemos por qué?... Porque si es realista, no es republicana; y si no es republicana, no nos explicamos qué narices hace ahí la República subida en su pedestal, como una doña Tancra cualquiera.

El monumento tiene algo de ramillete de dulce como los que se usan en España para felicitar a los Pepes el día 19 de marzo. ¡Ese ramo de oliva de la mano derecha es de confitería pura!... Y ya que nos hemos metido en esas dulzuras, preguntemos amablemente a los inteligentes en Arte: ¿esto es en realidad una estatua o es un pastel?...

LXXII

Otra de las preocupaciones de París es la competencia comercial. Aquí los afortunados mortales que poseen una tienda de lo que sea, tienen el empeño de demostrar que venden más barato que sus similares y que el que no compra en su casa es un idiota que quiere que le exploten. Para sorprender la buena fe de los parroquianos apelan a una serie de procedimientos de lo más protervo y aleroso que pueden ustedes figurarse, y un somero examen de los escaparates basta para darse idea de la cantidad de sinvergüenzas que pululan detrás de los mostradores. En ciertas tiendas parisenses suele verse anunciado un frasco de agua de colonia, por ejemplo, en quince francos. Entra usted a adquirirlo, y ve usted con acerbo dolor que por los quince francos no le dan a usted más que el agua. El frasco vale tres francos más (y cinco si es de fantasía como el que ha visto usted en el escaparate), el cuentagotas tres francos y la caja de cartón donde le meten a usted el frasco, y le meten la viruta, otros dos francos de añadidura.

En París, si ve usted un anuncio que dice que se venden colchones a veinticinco francos, escámese en seguida, porque resultará que la lana es aparte y que lo que le dan es la tela, suponiendo que sea tela lo que le den, que, a veces, no es tela, sino una cosa que no hemos visto mencionada en ningún diccionario del mundo, lo cual quiere decir que es una cosa que no tiene nombre.

En París hay una carnicería donde se venden costillas de cerdo a dos francos, pero advirtiéndole que son tales costillas, es decir, que también es aparte la carne y que lo que vale los dos francos es el palo de la chuleta. El carnicero (por lo visto sobresaliente en Anatomía), ha discutido varias veces con la parroquia que una costilla no puede ser más que un hueso, y que él anuncia costillas, y costillas da, y el que quiera carne que la pida y, como es obvio, que la pague.

Nadie ha acertado todavía a demostrarle lo contrario.

Pero la palma honorífica de los vendedores parisenses le corresponde de derecho a un socio que tiene una colosal zapatería en el centro de esta heroica villa. Con este caballero se ha ido a estrellar un servidor de ustedes el otro día por la tarde. Sucedió que, mirando mis zapatos, hubo de sobresaltarse mi espíritu al ver que no en balde el tiempo pasa y la suela pisa; y como era forzosa una inmediata sustitución de aquellas pedrestes birrias que podían deshonrarme a los ojos de los literatos parisinos, busqué y hallé en la zapatería mencionada algo que creí que podía convenirme. En efecto, en el escaparate y sobre un soberbio zapato de piel de Rusia (que, aunque



## LA "RUE DROUOT"

Una de las vías públicas más céntricas, si que también más viejas de París. Esa casa que ven ustedes en el esquinazo de la derecha es una farmacia célebre y tan vieja como la calle. Es célebre porque en ella se han despachado recetas que han causado la muerte fulminante a más de dos millones de parisenses. ¡Y es vieja, porque ha tenido la suerte de que a ella no la receten los doctores nada!

ahora sea piel bolchevique, sigue siendo una magnífica piel) vi un cartoncito en el que decía *sesenta francos*, relativamente baratura que me hizo dudar un poco del estado de mis pupilas. Calculé que quizás me cobrasen aparte los cordones y hasta que fuera obligatorio comprar las hormas, pero no pensé ni por un momento que los sesenta francos fueran el valor de la plantilla o el del calcetín que había dentro para hacer resaltar más el efecto del calzado, y penetré en el local dispuesto a todo. Pedí los zapatos elegidos y me probé precisamente el del escaparate. ¡Era, por fortuna, de mi número, que es un cuarenta y tres duplicado, para lo que ustedes gusten mandar!... Encantado, feliz, sonriente, optimista, y hasta chirigotero, pregunté si en efecto valía aquella preciosidad sesenta francos; y el zapatero me contestó amable, correcto, serio, rotundo y hasta elocuente, que ni un céntimo más. Casi estuve por estrecharle contra mi corazón con africana vehemencia, pero me contenté con sacar la cartera y depositar en las manos del noble mercader los sesenta del ala convenidos. ¡Y aquí vino la apoteosis, mezclada con unas gotas del apocalipsis! El zapatero, estupefacto, me preguntó:

—¿Cómo? ¿Pero no va a llevarse el señor más que un zapato?

—¡Rediez!!—exclamé yo—. ¿Qué es eso de un zapato? ¡Me llevaré el par!

—Entonces, me debe usted otros sesenta francos. Ese precio es el marcado en el escaparate, pero sobre el zapato derecho. ¡No hay razón para que el izquierdo valga menos; y mucha

menos razón para que no valga nada, como usted ha tenido el atrevimiento de suponer!

Salí de la zapatería con la satisfacción que ustedes comprenderán, y a los dos minutos estaba en la próxima esquina esperando un autobús que me habían dicho que por treinta céntimos me conduciría hasta la rue de Rivoli. Pero al llegar y detenerse el vehículo ante mí, increpé al cobrador en esta forma:

—¿Puedo ir yo, en efecto, por treinta céntimos a la calle de Rivoli?

—*Oui, monsieur*—dijo el tío.

—Bueno, pero como yo no quiero líos, va usted a hablarme claro. ¿Qué es lo que de mí puede llevar el autobús por los tres perros gordos?

—No comprendo, señor...

—¡Quiero decir que si me lleva con cabeza y con brazos y con piernas, o si los treinta céntimos corresponden sólo a determinados trozos de mi individuo!... Como aquí es costumbre...

Y subí al coche, sin lograr haberme entendido con el cobrador, y temiendo que, por algún motivo, tuviese que pagar de más. Solamente cuando vi que a un viajero muy gordo, y con la añadidura de tres bultos en el cogote, no le cobraban más que los treinta, respiré tranquilo.

¡Siquiera los autobuses cobran lo que está marcado y encima conducen gratuitamente los bultos que quieran llevar los viajeros!...

ERNESTO POLO

París.—Pâtisserie Charvin.—Septiembre.

# LAS SORPRESAS DE LAS ONDAS

Un solar en el que se alzan varias viviendas de un solo piso, habitadas por gentes muy pobres. En el centro de la escena, una cama de hierro; al lado, un cajón de madera sobre el que se ha instalado un aparato de radiotelefonía, construido con una caja de mantecadas de Astorga. Alrededor de la caja y sentados en sendas sillas se hallan: *el señor Ignacio*—cincuenta años, vidriero—*el señor Silvino*—cuarenta años, albañil—*el señor Víctor*—treinta y ocho años, sin oficio conocido ni desconocido—*la señora Amalia*—cincuenta y tres años, sus labores, y *Ponciano*—doce años, aprendiz de estuquista y constructor de aparatos radiotelefónicos en los ratos libres. Todos ellos están reunidos para oír un concierto transmitido por la Radio Ibérica.

Las once y media de la noche.

IGNACIO (a Ponciano)—Pero bueno, niño, ¿a qué hora empezaba la audición, si puede saberse?

PONCIANO.—A las diez, según el programa que viene en *La Libertad*.

IGNACIO.—Pues son las once y hasta ahora no he presenciado más que un mutismo musical que sobrecoge.

VÍCTOR.—¿Las once? y algo más... El reloj de casa ha dao la media.

IGNACIO.—El reloj de tu casa ha dao la media y Ponciano nos está dando la tostá.

SILVINO.—La verdá es que sin ofender al ilustre y bien nutrido inventor de este fenómeno, no se oye arsolutamente ná.

VÍCTOR.—Sí. Como percibirse, se percibe menos que un microbio.

PONCIANO.—Pero señor, si no me dejan ustés tranquilidad pa encontrar la onda...

HIGINIA.—Chico, ¿aún no has encontrado la onda?

PONCIANO.—No, señora.

IGNACIO.—Pues, hijo, ni que la onda fuese una de las tres niñas desaparecidas.

NORBERTO (asomando por el foro). *Es un individuo de unos cuarenta años, del mismo pelaje que los otros tertulianos; se detiene en la puerta muy extrañado*—¿Pero se puede averiguar lo que significa este mitin nocturno?

SILVINO.—¡Anda, si es Norberto! Pasa, hombre, que vas a ver una cosa que te va a sorprender más que un pañecillo bien pesao,

NORBERTO.—¿De qué se trata? Ya me has intrigao con esa comparación alimenticia. (Avanzando). Buenas noches a todos.

AMALIA.—Buenas noches. (Todos saludan a Norberto).

SILVINO.—¿No sabes lo que estamos haciendo?

NORBERTO.—Chico, no me explico, porque la presencia en el solar de ese

tálamo de hierro me sumerge en un mar Mediterráneo de confusiones.

VÍCTOR.—Pues estamos oyendo un concierto de radio.

NORBERTO.—Ten la bondad de describir mejor, porque no atino.

IGNACIO.—¿Es que usted no sabe lo que es la radio?

NORBERTO.—¿Alguna cupletista nueva?

SILVINO.—¡No, hombre! Este Norberto siempre tan torcaz... ¿Tú sabes lo que es el teléfono?

NORBERTO.—A ver si te has creído que he venido ayer de veranear en las Hurdes.

SILVINO.—No te ofendas; es que como eres un poco tardo en la comprensión de los sectores científicos, podías ya caer en la ignorancia más proterva.

NORBERTO.—Bueno, sé lo que es el teléfono; déjate de romanzas sentimentales.

SILVINO.—¿Y sabes lo que es el gramófono?

NORBERTO.—¡Pero naturalmente que lo sé! Me estás rehogando la sangre ya con eso de hacerme preguntas caciosas...

SILVINO.—Pues la radio es el injerto del teléfono y del gramófono.

NORBERTO.—¿Y pa qué sirve, pa planchar trajes?

SILVINO.—¡Pa planchar trajes! Tíes una asaúra como pa un banquete.

NORBERTO.—Si no me narras la utilidad, perezo en la incomprensión.

SILVINO.—Señor: la radio sirve, es un suponer, pa que cuando en algún punto más o menos alejado del globo terráqueo estén dando un concierto, se oiga en España.

NORBERTO.—¡Chavó! Me dejas más parao que un expediente gubernativo.

SILVINO.—Que en Londres o en París o en cualquier otro sitio de la América latina se celebra una boda y hay baile y guitarreo y demás esparcimientos, pues nosotros, gracias a la radio, asistimos a la juerga matrimonial y nos solazamos con las corcheas.

NORBERTO.—¡Qué bárbaro!

VÍCTOR.—Y el aparato que se necesita pa atalayar los sonidos, es de una sencillez de huérfana con viudedaz.

NORBERTO.—¡Ah! ¿Sí?

IGNACIO.—Imagínese usted que el que nos sirve a nosotros lo ha construido Ponciano. Y ya sabe usted que Ponciano le tiene tal amor al estudio, que cuando le ponen en el cocido sopa de letras, le da un vahído que está diez días sin volver aunque le llamen.

NORBERTO.—¿Y con qué lo ha fabricao el distinguido esporman?

SILVINO.—Pues ya lo ves, con una caja de mantecadas de Astorga y una cama de matrimonio.

NORBERTO.—¿Pero cuál es la misión del catre?



Dib.

SÁNCHEZ VÁZ-  
QUEZ.—Málaga.

LA MAESTRA.—No desearía más que ser tu madre por una semana.

EL NIÑO.—Muy bien; yo le hablaré a mi padre del particular.

PONCIANO.—El catre es la antena.  
 NORBERTO.—¿La qué?  
 PONCIANO.—La antena.  
 NORBERTO.—¡Ah, ya!  
 PONCIANO.—La antena sirve pa recoger las ondas.  
 NORBERTO.—Sí, sí... Como las orquillas rizadoras, vamos...  
 PONCIANO.—Talmente. Se le contacta un hilo que va al aparato, y luego se pone el hilo de tierra, que como es de tierra, pues va a parar al grifo de la fuente.  
 NORBERTO.—¡Mi madre!  
 PONCIANO.—Después se colocan los andiculares en el aparato pa escucharlo con perfección, y se pone la galerna, cuidando de que no se estropeen ni el cusor ni el deteztor.  
 NORBERTO.—¡Arrea!

PONCIANO.—Pue ocurrir que usted no me entienda bien, porque estoy utilizando las palabras técnicas.  
 NORBERTO.—Sigue, que me estoy percatando.  
 PONCIANO.—Y ya no falta más que buscar el punto de la galerna, porque la galerna fié varios puntos sensibles.  
 NORBERTO.—¿Y se oye?  
 PONCIANO.—¡Toma, ya lo creo!  
 NORBERTO.—¡Qué inventos, señor!  
 PONCIANO.—¿Quiere usted percibir? Tó está ya arreglao.  
 NORBERTO.—Sí, trae a ver. ¿Esto hay que ponerse en las orejas, verdad?  
 PONCIANO.—Sí, señor.  
 NORBERTO.—Bueno, pues achantarse y no hablar, que me dispongo al escuchar. ¡Aguenta!  
 SILVINO.—¿Qué pasa?

VÍCTOR.—¿Qué ha sido?  
 IGNACIO.—¿Eh?  
 PONCIANO.—¿Es que no lo oye usted?  
 NORBERTO.—Lo que sucede es que tengo una suerte que es de varas.  
 PONCIANO.—¿Pues?  
 NORBERTO.—Que en el mismo momento de ponerme el andicular, una voz más apagá que una esteárica, ha dicho «se ha terminao».  
 PONCIANO.—Es que las ondas tien esas sorpresas.  
 NORBERTO.—Pues podfais avisar, y no metería uno el rómulo. *(Todo rabioso, le da un puntapié a la cama.)*  
 PONCIANO *(lloroso)*.—¡Vaya, a ver si me va usted a chafar la antena!

CAE EL TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Ya ves qué porvenir, Macariol! Después de estar veinte años en el Parque, que le den a uno el Retiro,

# ACLARACIONES OPORTUNAS

Lo que van ustedes a leer no es nuevo, pero es muy serio. Lo advertimos previamente, en la seguridad absoluta de que no se van ustedes a reír ni gota con ello. Y sin embargo, es necesario y forzoso que lo lean..., claro está que si les da la gana, porque aquí no queremos obligar a nadie.

Se trata de unas cuantas rectificaciones a ciertas noticias tendenciosas que se han echado a volar por ahí, y que las personas a quienes afectan nos han rogado que se desvanezcan volando también. Es el caso vulgar del señor don Manuel Fernández, que ruega que no se le confunda con el Manuel Fernández

que ha pegado a su madre política, o que ha robado una alhaja, o que ha ingresado en el partido que acaudilla Melquiades Alvarez, o que ha hecho otra barbaridad por el estilo.

Nosotros, siempre generosos (como el vino de Jerez y el vinillo de Rioja) vamos, pues, a acceder a los deseos de las personas que piden que se rectifiquen esas noticias que les perjudican y oprobian; y, con la esperanza de que con nuestras aclaraciones quede la verdad en su lugar descanso, estaremos con completa formalidad los siguientes párrafos que responden plenamente al anhelo de justa reivindicación

de los ciudadanos y ciudadanas víctimas de un fatal error.

\*\*\*

Edmond de Bries no es el raptor de las niñas desaparecidas. Nos consta de un modo contundente, fulminante, rotundo y categórico.

El anónimo lector que envió el otro día al *A B C* cinco pesetas con destino a la desgraciada familia de Embajadores, 89, no es el excelentísimo señor conde de Romanones.

La niña que ha obtenido mayor número de votos en el concurso de belleza infantil de nuestro satinado colega *Informaciones*, podemos asegurar que no es Loreto Prado.

Es absolutamente inexacto que Francos Rodríguez piense proponer que, en memoria de los héroes de Cavite y Santiago de Cuba, guardemos cinco minutos de silencio un día, cada año.

Mentía el revistero taurino que dijo hace poco que la última vez que el *Gallo* vió que le echaban un toro al corral se tiró de los pelos de rabia.

Mejor informados que otros periódicos, afirmamos seriamente que Santiago Alba no ha regresado todavía de su excursión veraniega a París. Volverán las obscuras golondrinas, pero él, no.

El aventajado alumno que el otro día obtuvo nota de sobresaliente en los exámenes de Gramática castellana, no ha sido, por desgracia, nuestro entrañable amigo don Antonio de Hoyos y Vinent.

No es cierto que haya pensado nadie en llevar a *Chelito* a Roma para que la vea el Padre Santo. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

Se ha acercado a esta redacción un festigo presencial de la riña que sostuvieron dos chulapas en la calle de la Ruda por disputarse el cariño de un gachó bastante gitano, para participarnos que el causante de la formidable reyería no había sido don Francisco Bergamín.

No es exacto que don Valeriano Weyler haya pensado en solicitar ninguna recompensa ni cruz que añadir a las que legítimamente tiene ganadas por sus servicios. Lo que sí es cierto es que la medalla de sufrimientos por la Patria debía otorgársele, no a él, sino a su traje de paisano.

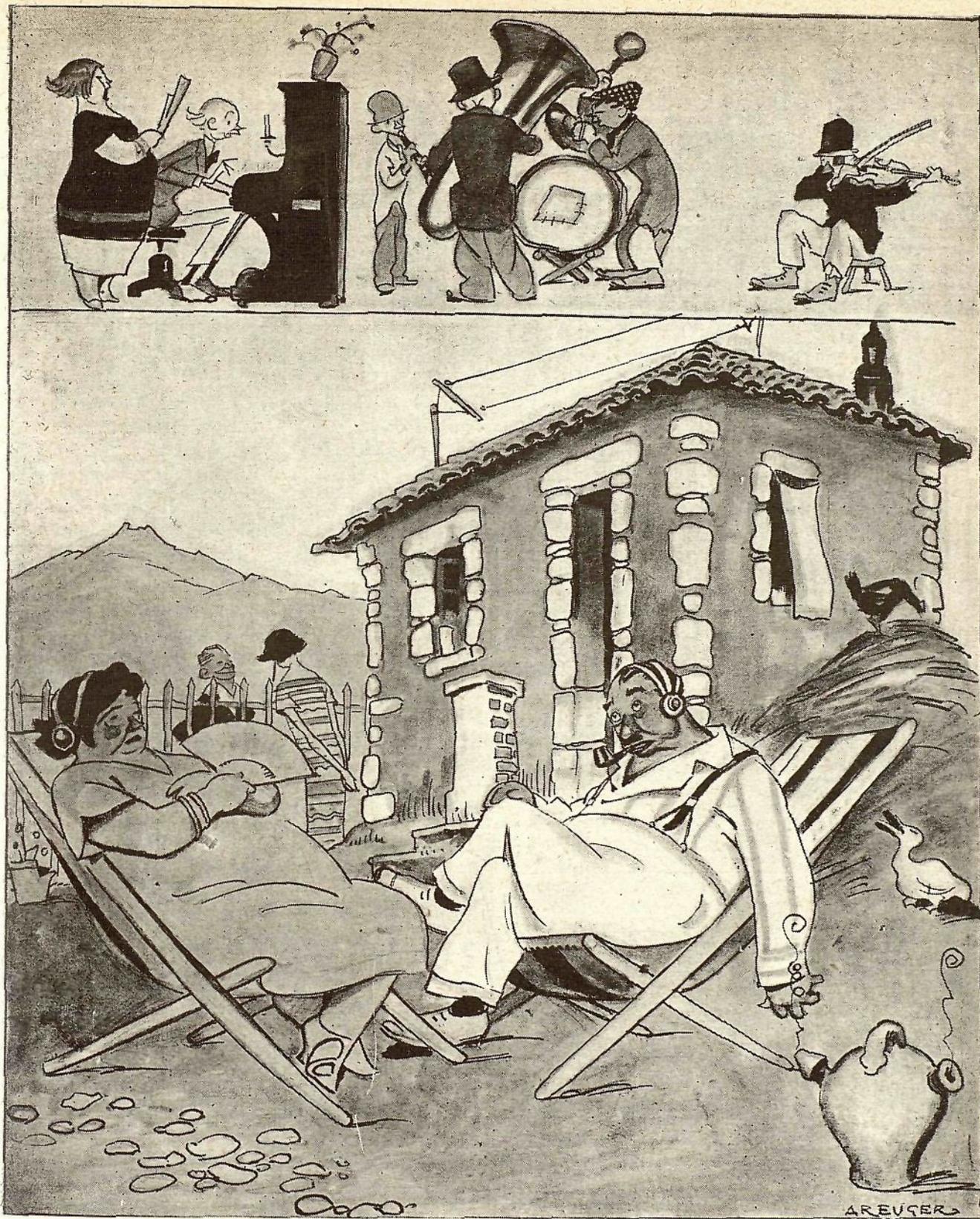
Es una vil calumnia decir que ha chocado el otro día el mixto de Galicia en la estación de Villalba. Un tren de la Compañía del Norte no puede chocar en ninguna parte. Chocará cuando los coches sean nuevos, porque a todo el mundo le parecerá mentira.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. BERGSTROM.—París.

—¡Oh, queridita mía; qué delgadita estás! ..



LA RADIO EN LA SIERRA

—¡Mira, Nicolás, que no oír el concierto de la estación, teniéndola aquí al lado!

Dib. AREUGER.—Madrid.

## HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

## LA CARDIAQUEZ DE GOMARA

¿Se es o no se es cómico? Si Hamlet viviera, tendría con esto un nuevo motivo de duda, pero no vive y hay que quedarse sin la respuesta que pudiera dar este distinguido monomaniaco y ligeramente filósofo.

Gomara no nació cómico, como nadie nace nada, ni el propio Rafael Gallo, aunque el *Guerra* haya creído lo contrario, afirmando que nació torero; pero por esas cosas que pasan en la vida, andando el tiempo y caminando por las calles se encontró metido en los jaleos de salir a un escenario, pintarrajeado y diciendo unas cosas que maldito lo que le importaban, y que él, la mayor parte de las veces, calificaba de tontearías.

Era cómico *per accidens*, consintiendo principalmente este *accidens* en la estaca de su señor padre, que a todo trance quería —el padre, no la estaca— que su hijo pudiera sonreírse el día de mañana de Morano y de Díaz de Mendoza. Claro está, que, a su vez, Díaz de Mendoza y Morano podían, no sólo sonreírse, sino lanzar carcajadas; pero esto no lo tenía en cuenta Gomara padre y se dió por muy satisfecho la primera vez que vió al hijo de las entretejas de su mujer, salir a escena vestido

con frac y diciendo: «La señora está servida.»

Gomara fué cómico, pero no tenía ese íntimo convencimiento de los que se dedican a tal profesión. No iba a tomar café a la Maison Doré, no decía nunca que Tirso le había estropeado un negocio, no conocía a Arniches y jamás se fué a las últimas filas de un teatro a criticar a los que estaban actuando en el escenario. Pero era cómico y como tal actuaba.

Una vez, diéronle en un reparto de papeles uno que era como para poner en punta hasta los pelos del cogote; un papel como para desempeñado por el verdugo de Burgos, pongamos por tío templado.

—Gomara—dijole el autor—, ahora puede usted lucirse y alcanzar un éxito personal.

—¿Usted cree?

—Estoy absolutamente seguro de ello y me juego veinte a cinco.

—¿Por los colorados?

—Porque, como eche usted emoción al papel, se producen varios accidentes en la sala.

—¡Ciruelo!

Aquella profecía del autor le dió a Gomara bastante que pensar. Aunque

él había estudiado su parte, por lo visto no la había comprendido bien y debía ser completamente catastrófica.

Y comenzaron los ensayos.

El autor y los compañeros de Gomara vieron que éste recitaba su papel como hombre o, por mejor decir, como cómico que se lo sabe, pero sin darle toda la importancia que tenía.

—Gomara, encuentro que está usted un poco frío.

—No lo comprendo, porque precisamente hoy me he puestó una camiseta fuerte, y el traje toque usted...

—No, hombre, quiero decir que no le echa fuego al papel.

—¡Ah! ya; me reservo para el estreno.

Con esta frase pasaron los ensayos, pensando todos: «Veremos lo que hace Gomara en la representación.»

Y lo que hizo fué el caos, lo definitivo, lo inesperado, lo sobrenatural, lo tremendo. El feroz y sanguinario personaje fué interpretado por Gomara en cómico, y cuando tenía que decir alguna de las crueles frases que el autor había puesto en su boca, lo hacía de una manera tan chirigotera que de la sala partía una carcajada unánime. Aquello era representar con gracia y lo demás paños calientes.

En vano era que el autor entre bastidores, gritase: «¡Gomara, por Dios, que así no es el papel!» o «¡Es que se ha vuelto loco ese hombre!» El cómico seguía diciendo chirigota tras chirigota y en vez de hacer llorar había hecho reír de una manera definitiva.

La obra alcanzó un pateo tremendo, y cuando el telón cayó todos se precipitaron hacia el actor que de tal modo había cambiado el sentido de su papel.

—¿Qué ha hecho usted, hombre de Dios? Si su papel era completamente dramático.

—Puede ser y no lo discutiré; pero para mí, la salud es lo primero y si yo represento eso como el autor quería me pongo enfermo.

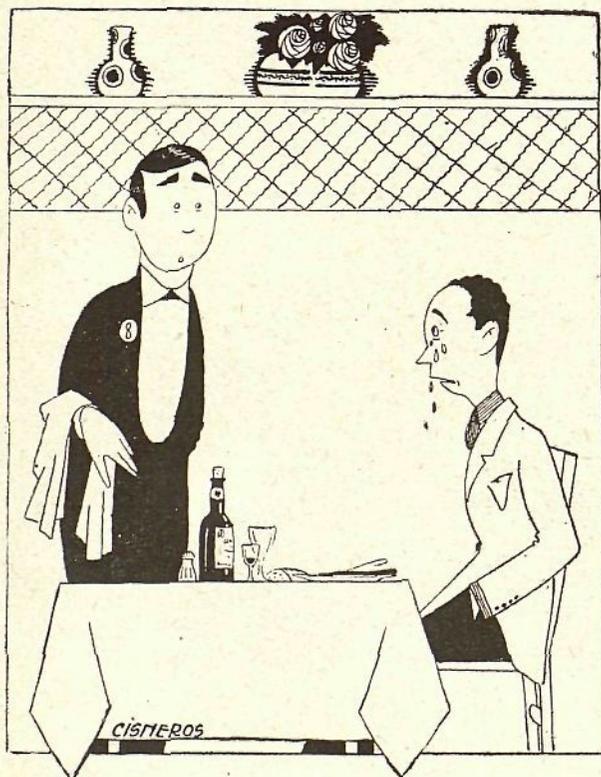
—¿Usted?

—Es que soy cardíaco y yo no quiero impresionarme. ¿O es que los cómicos no tenemos derecho a padecer como los demás mortales? Ya lo saben, soy cardíaco y hay que tener esto en cuenta para los demás papeles que se me confíen.

Y tranquilamente se subió a su cuarto a desnudarse y aún se le oía decir por la escalera:

—Aquí, por lo visto, no tienen compasión. Vamos, que darle un personaje triste a un hombre que es cardíaco...

A. R. BONNAT



Dib.  
CISNEROS  
Madrid.

—¿Qué le pasa, caballero?

—¡Que lloro y lloro para ver si se entenece este filete!

## GALERÍA PINTO RESCA

## UNA CARABINA DE PISTÓN

V

¡Sí que es sensible, doña Teodora!  
Muy bien comprendo lo que le había  
verse a sus años, siendo señora,  
como *señora... de compañía*.

La que ha nacido  
entre pañales de rica holanda  
y ostenta escudo de su apellido,  
no es nada extraño que dé un gemido  
de rebeldía contra el que manda.  
Y por si fuera poco humillante  
su triste suerte, como propina  
le llaman todos, cosa irritante,

*¡la carabina!*

No la de Ambrosio, que es torpe y ruda,  
sino otra fina de precisión  
para señoras, que es *pistonuda*,  
o, hablando claro, que es *de pistón*.

¡Ah, si su esposo (que en paz descansa)  
viera su vida tan diferente!...

Antes lujosa, tranquila, mansa,  
y hoy, lo que corre, lo que se cansa  
de andar trotando continuamente  
con esas chicas, a las que admiro,  
que no se rinden, que son de acero,  
y ahora a visitas, luego al Retiro,  
más tarde al *Cine* o a *Moliner*o...

Antes a casa de la modista,  
después al *Tennis*, luego al dentista;  
que a las carreras, que a la *kermesse*,  
que a la novena del Buen Suceso  
y todo aprisa, pese a quien pese,  
y a escape todo, como el expreso;  
y usted que corre loca tras ellas  
y al mismo tiempo ve las estrellas  
por el calzado...

*¡crea, señora,*

que de pensar lo que se acalora  
ya estoy rendido, tan fatigado,  
tan sudoroso, que, aunque se alarme,  
con su permiso voy a sentarme.

(Y aquí una pausa de algún momento  
mientras consigo tomar aliento.)

.....  
¡Pues sí, decía que es triste suerte!...

Ya me hago cargo  
de que esa vida, puro fastidio,  
es tan odiosa como un presidio,  
y, sin embargo,

¡si usted supiera lo que la envidio!

¡Siempre entre chicas rubias, graciosas,  
entre pimpollos más que entre rosas  
de suave aliento, de aroma puro,  
de ojos de cielo, cutis rosado!...  
¡ese fué siempre, se lo aseguro,  
mi verdadero sueño dorado!

Yo ya soy viejo,  
pero muy pulcro y apañadito  
y todavía dice el espejo  
que estoy pasable, si no bonito.

Tengo dos trajes y una levita  
que al darle vuelta quedó preciosa,  
y una chistera muy decentita  
y tres corbatas color de rosa;  
pues ni con eso, ¡suerte maldita!  
aunque me anuncie y aunque me obstino,  
he conseguido, doña Teodora,

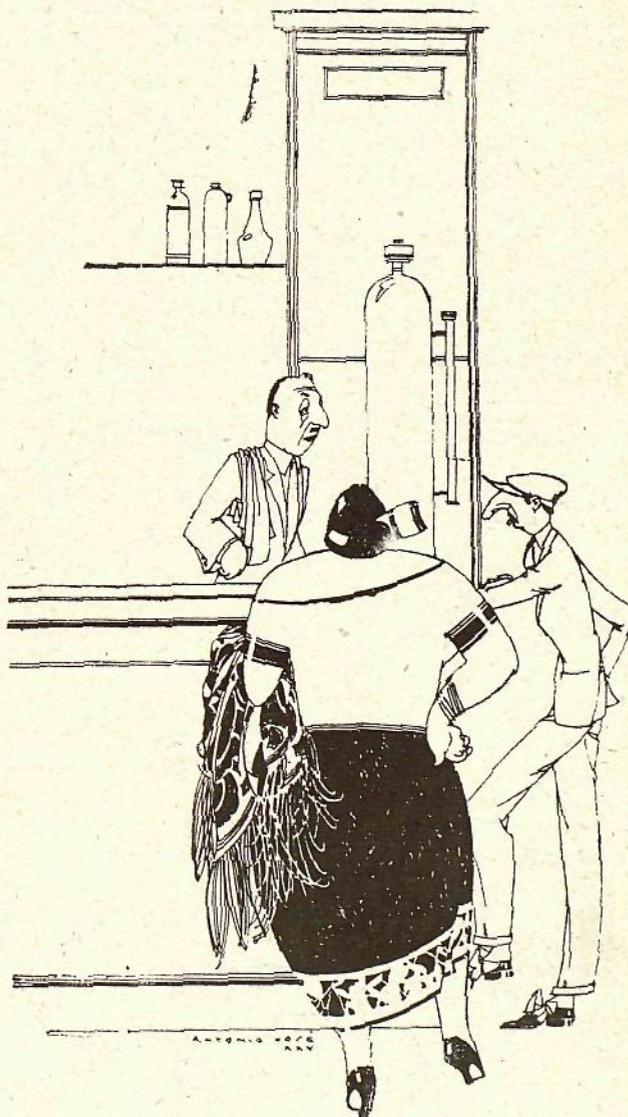
tres muchachitas de tipo fino,  
bellas y alegres como una aurora  
que me contraten *de carabino*.

Me dicen todas que no es costumbre  
y eso me llena de pesadumbre.

Yo sé que sirvo; que todavía  
podría hacerles varios favores,  
y ni por esas. ¡Ni una se fía!  
¿Por qué, Dios mío, no habrá señores  
*de compañía*?...

FIACRO YRÁYZOZ

(Próximamente *Una estrella de rabo*)



EN EL BAR

Dib. ANTONIO JOSÉ.—Madrid.

—¿Qué va a ser?

—Una caña para mí y un chato para ésta.

# "BUEN HUMOR" VERANEA

V

## No hay donostiarras.

En rigor, es así. En San Sebastián no hay donostiarras durante el verano.

Los que se ven por la calle, son veraneantes. A esos se les puede ver quince veces diarias. Claro es que los veraneantes no vienen a otra cosa que a ser vistos. ¿De qué serviría a mucha gente venir a San Sebastián si no la viera nadie? Tienen que verse en la playa y en el paseo de la Concha por las mañanas; por las tardes en el paseo Nuevo y en la kursaal. Tienen que formar una legión nutridísima, pasearse pisándose los talones, tienen que

saludarse. Muchos veraneantes han pedido que todas las mañanas se pase lista, como en los colegios, y así, ante todos, patentizar la presencia y que resaltase la ausencia del que sólo estuvo unos días y dijo que llevaba dos meses.

La gente que llena las calles, los cafés, los teatros, los paseos, son veraneantes. Los que se juegan el dinero, son veraneantes; los *groupiers* que se lo llevan con su raqueta, son veraneantes o, si se quiere, forasteros. Los que bailan, son veraneantes, y la orquesta que les da el son, ha venido de fuera también. El camarero es forastero igualmente. El limpiabotas es forastero; la florista, esa gorda y afectuosa

florista, es *la de siempre*, la que hemos visto durante el invierno, quizá la primera mujer que nos ha sonreído, la que nos ha abierto las puertas de la vida, considerándonos *mayorcitos*, hasta el punto de ofrecernos un ramo de *muguet*. Todos son forasteros. Todos han venido de unos lados y de otros.

Si hay teatro, las compañías son forasteras, y hasta extranjeras. Si varietés, todos los números son igualmente *de fuera*. Si toros, los toreros proceden de otras plazas y los toros lidiados son de lejanas ganaderías. Solamente en esto, si hemos de respetar a la verdad como a un abuelito, hay una excepción. En San Sebastián hay un picador. Sí, no se asombre nadie. Un picador que sólo pica en San Sebastián, y nada más verdadero que esto, apurado el concepto. Sólo pica en San Sebastián, es innegable. Por lo demás, nunca se da el caso de que pique donde comúnmente suelen picar los picadores. Se llama, o le llaman, el *Titi*. Su presencia es muy celebrada por el público.

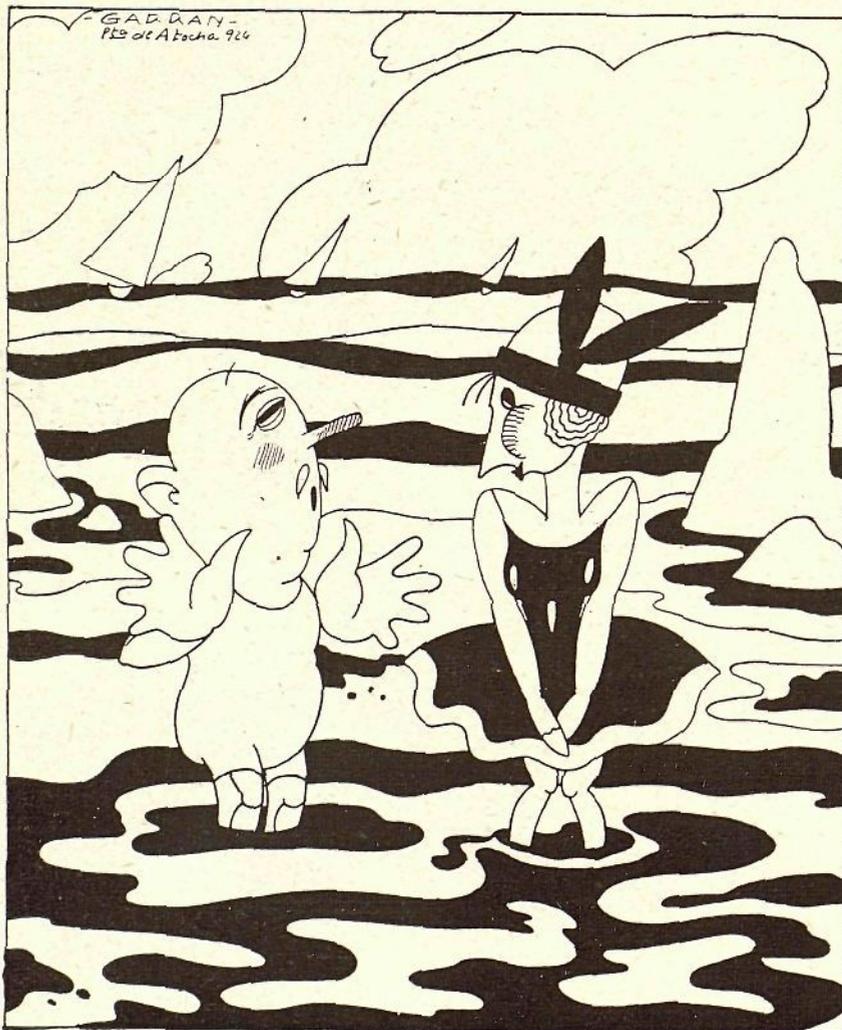
Compréndase lamentable que en San Sebastián sólo haya un donostiara visible, y que sea picador. La tradición racial sufre con ello un terrible golpe.

Se nos dirá que los dueños de las tiendas de aquí, aquí establecidos, serán donostiarras. Tampoco esto parece ser cierto. Muchos de ellos, en sus muestras lo indican, proceden de pueblecitos cercanos o de regiones apartadas. También, gran número de tiendas que ahora hay abiertas, se cierran durante el invierno. Son sucursales de tiendas de Madrid o de cualquier otro sitio, que se abren para aprovechar la estación.

Por último, los bañeros pudieran ser una prueba contundente. Sería lógico que los que diariamente entran en el mar con la indiferencia del que entra en casa de un pariente, fuesen de aquí, amigos de este mismo mar. Y tampoco. Unos son de Pasajes, otros de Guetaria, los más de Orío.

No hay donostiarras, no se ven, no se les conoce. Un chino, un canadiense, son más fáciles de encontrar durante el verano. Hay mucha gente que se marcha con el sentimiento de no haber conocido un solo indígenua de esta ciudad encantadora. Y, sin embargo, los donostiarras deben existir.

Hay quien dice que en el otoño se reúnen, cuando han visto marchar al último veraneante, a ese veraneante pegajoso que no tiene nada que hacer en ningún sitio y que alarga el verano, apurándolo. Ya otra vez se reunieron los donostiarras en Zubieta, hace sus años, para reconstruir la ciudad, incendiada por los franceses.



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—El agua está más sucia por las tardes, Anacleto.  
—Es que las de Mandanguez se bañan por la mañana.

Como entonces, cada otoño, los donostiarras reconstruyen San Sebastián, después de la invasión. Lo hacen suyo, lo viven. Se mojan mucho, porque en invierno no hace más que llover en San Sebastián; pero ellos se dan el gusto de quedarse solos, como los de una casa cuando acaban de despedir a la última de las visitas del día de santo.

Y es que los donostiarras son gente formal, de arraigadas creencias, tan llena de prejuicios y de seriedad como los de Lérida, por ejemplo.

Pero han tenido la desgracia de nacer en uno de los sitios más hermosos de España.

Al principio, todo iba bien. Ellos hicieron sus iglesias y sus calles tortuosas. Un solo teatro, incómodo y sucio, de esa mezquindad provinciana que ya hace del teatro la antesala del infierno en lo físico como en lo pecaminoso.

Tenían su playa, y se bañaban en ella, pero con recato, con grandes *mac-ferlands*, para ocultar impudicias. Por las tardes, subían a sus montes a

pie y merendaban chorizo y pan. Les sorprendía la noche acostados y los hijos vivían en el más tradicional y severo de los aburrimientos. (¿No es lo que siempre nos recuerdan nuestros padres, el aburrimiento de sus primeros años? ¿No nos recriminan: «Yo, a su edad, me divertía mucho menos», y con esto creen asentar un principio fundamental? ¿No es el gran error de nuestros antepasados el haber sido tan poco divertidos?)

¿Qué gran ciudad sería había de ser San Sebastián! Tendría sus magistrados de Audiencia, sus párrocos, sus empleados de la Diputación, todo ese sedimento grave de las capitales de provincia. Ahora todo eso se esfuma. Nadie puede concebir una alegre ciudad veraniega con magistrados de Audiencia. Los hay, pero no están en el ambiente.

En aquel San Sebastián lluvioso y aburrido, unos hombres de otros sitios se detendrían para admirar las bellezas panorámicas. Convendrían después que el clima era magnífico para el

verano. Se esmaltaría el paisaje de *chalets* coquetones. Al lado de los *chalets*, los campos se volverían de *tennis*. Luego, las calles rectas, las avenidas, los tranvías, los casinos, los kursaales, los cafés, las salas de juego, las modas, las orquestas, los hoteles, las bañistas de *maillof...* y los donostiarras, envueltos de pronto en el tumulto de la otra ciudad que había nacido junto a la suya, se hicieron crucces. Todo aquello era perdición...

Y todos los veranos, cuando aparece la primera procacidad veraniega, huyen los donostiarras. Se ocultan, nadie sabe dónde.

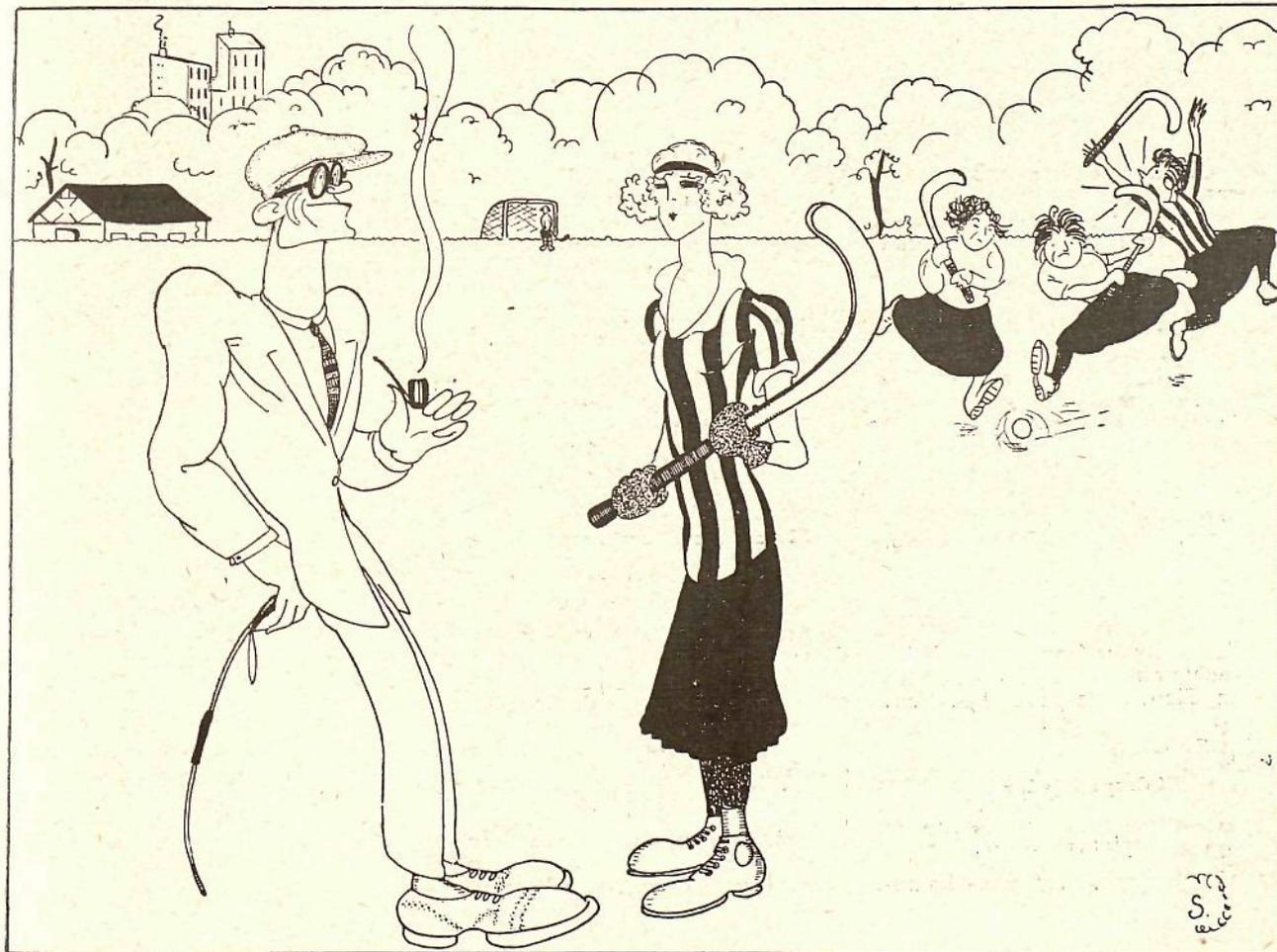
Acaso temen que un día Dios mire hacia aquí, enarque sus cejas eternas, y haga caer el fuego purificador, como en Sodoma, aquella otra licenciosa playa veraniega...

José LÓPEZ RUBIO

San Sebastián, septiembre.

P. D.—Envíe dinero. Tengo una combinación infalible para ruleta.

N. de la R.—Esta administración se niega a fomentar los vicios de sus redactores.



—¿Has visto al doctor?  
—Sí; y me ha mandado tomar agua de Vals, ¡con lo que a mí me gusta el tango

Dib. SAMÁ.—Madrid.

# DEL BUEN HUMOR AJENO

## LOS DRAMAS DEL PALACIO BORGIA

por CAMI

### PRIMER ACTO

#### Lucrecia Borgia

La escena representa una sala del palacio Borgia.

LA SINIESTRA CONFIDENTE.—¿Es verdad, querida Lucrecia, que el casto gentilhombre rechaza vuestro amor?

LUCRECIA BORGIA.—Sí. Todo ha sido en vano. Ni súplica ni amenazas. (*Rechinando los dientes.*) El casto gentilhombre quiere permanecer fiel a su novia, la casta y divina Lorenza. Pero he aquí que llega. Voy a hacer una tentativa suprema de seducción. Si rechaza mi amor, ¡ah! ¡Por la santa Madona! ¡Maldición sobre él!

EL CASTO GENTILHOMBRE (*inclinándose*).—¿Me habéis llamado, señora?

LUCRECIA BORGIA.—Sí. (*Fija en él sus ojos brillantes de pasión contenida.*)

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡Ah, por favor, señora! ¡No me miréis así! Tales miradas no puede soportar un casto gentilhombre sin enrojecer.

LUCRECIA BORGIA (*con voz ronca*).—¡Inferno! ¿Te resistes todavía? ¡Aprende entonces, que no se desdén impune el amor de Lucrecia Borgia! ¡Hola, mis hombres de armas! ¡Apoaderaos del casto gentilhombre y encerradle en lugar seguro! (*Los guardias se apoderan del casto gentilhombre.*)

EL CASTO GENTILHOMBRE.—Puedes encarcelarme, Lucrecia, pero no tendrás mi amor. Nunca amaré sino a mi pura y divina Lorenza. (*Lo arrastran.*)

LUCRECIA BORGIA.—¡Oh, rabia! ¡Quiero vengarme terriblemente del desprecio de este hombre! (*A un capitán.*) Quiero que esta noche la pura y divina Lorenza esté prisionera en el palacio. (*A la siniestra confidente.*) Sígueme. Vamos a preparar mi venganza.

LA SINIESTRA CONFIDENTE.—¿Dónde vamos?

LUCRECIA BORGIA (*con voz sombría*).—A los subterráneos del palacio, donde está Angélico, el despellejador. Ven.

### 'SEGUNDO ACTO'

#### El despellejador

La escena representa el laboratorio del despellejador.

ANGÉLICO, EL DESPELLEJADOR.—La noche caerá bien pronto sobre la superficie de la tierra. Aquí, en los subterráneos del palacio Borgia, vivo una noche eterna, una noche de sepulcro. ¡Ah! ¡Qué terrible y lúgubre destino el mío! Alma condenada por Lucrecia Borgia,

despellejo vivos a los amantes que han caído de su favor. Como simples conejos, los despojo diestramente de su piel. ¡Trágico capricho de mujer! Lucrecia no quiere que la piel que ella honró con sus besos pueda ser besada por otras mujeres. De cuando en cuando, ella viene a mi laboratorio a contemplar melancólicamente las pieles de sus antiguos amantes, admirablemente conservadas, gracias a mis maravillosos ungüentos. En cuanto a los desgraciados despellejados vivos, gimen lúgubrementemente en los calabozos del subterráneo, reclamando su piel con lastimera voz. Pero oigo pasos. ¿Quién podrá ser a esta hora?

LUCRECIA BORGIA (*entrando*).—Angélico: esta noche mis hombres de armas conducirán aquí a una muchacha. (*Con siniestra sonrisa.*) ¿Sabes lo que debes hacer con las personas que te envío?

ANGÉLICO, EL DESPELLEJADOR.—Sí.

LUCRECIA BORGIA.—¡Bien! No es eso todo. Cuando la hayas despellejado viva, escucha lo que te ordeno hacer... (*Le habla en voz baja.*)

ANGÉLICO, EL DESPELLEJADOR (*estremeándose*).—Obedeceré.

UNA VOZ LASTIMERA (*en el subterráneo*).—¡Mi piel, devolvedme mi piel!

OTRA VOZ LASTIMERA.—¡Mi piel, mi piel! ¡Quiero mi piel!

LA SINIESTRA CONFIDENTE.—¡Oh, esas voces!

LUCRECIA BORGIA.—No es nada. Son los despellejados. Subamos. Y tú, Angélico, ejecuta fielmente mis órdenes. Adiós. (*Salen.*)

### TERCER ACTO

#### El amor, más fuerte que el odio

La escena representa una sala del palacio Borgia.

LA SINIESTRA CONFIDENTE.—Hace ocho días que la pura y divina Lorenza ha sido raptada por vuestros guardias y entregada a las manos de Angélico, el despellejador.

LUCRECIA BORGIA.—Mi venganza está cercana. He aquí al casto gentilhombre, que he tenido en un calabozo para reservarle una dulce sorpresa. (*Al casto gentilhombre.*) Estoy conmovida de tu sincero amor por la pura y divina Lorenza y te devuelvo la libertad. Y para que la fiesta sea completa, he hecho venir a tu novia, a fin de que puedas estrecharla antes en tus brazos. (*A los guardias.*) Haced entrar a la pura y divina Lorenza.

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡Oh, ale-

gría. (*Los guardias traen un viejo soldado con cabeza de borracho y larga barba.*)

LUCRECIA BORGIA (*señalando al viejo soldado de cara de borracho*).—¡Ahí tienes, casto gentilhombre! ¡Abraza a tu novia!

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¿Qué significa esta broma de mal gusto, señora?

LUCRECIA BORGIA.—No es una broma. Tienes delante de ti a tu novia, a la pura y divina Lorenza. Para vengarme de tus desdenes, he hecho raptar a tu novia y la he confiado a los buenos cuidados de mi fiel Angélico. Por orden mía, ha despojado de su piel satinada a la pura y divina Lorenza. Después, ha reemplazado la piel de tu novia por la de un viejo soldado que he hecho despellejar vivo para el caso.

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡Horror! ¡No es posible!

LA PURA Y DIVINA LORENZA (*con triste voz*).—Sí, soy yo, querido novio.

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¿Tú? ¿Eres tú, divina Lorenza? ¡Nada temas! A pesar de la horrible venganza de la Borgia, te amaré siempre. ¿Qué importa el físico? ¡Es tu alma lo que adoro!

LA PURA Y DIVINA LORENZA.—¡No, querido novio! ¡No soy digna de ti! ¡Mira esta cara grotesca!

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡No veo más que mi amor!

LA PURA Y DIVINA LORENZA.—¡Mira esta nariz enrojecida por la intemperancia!

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡No veo más que mi amor!

LA PURA Y DIVINA LORENZA.—¡Mira esta larga barba poblada y sucia.

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡No veo más que mi amor!

LA PURA Y DIVINA LORENZA.—¡Oh, es demasiada dicha! ¿Puedes amarme todavía?

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡Te adoro! ¡Ah!, Lucrecia Borgia, tú no triunfas. Nuestro amor es más fuerte que tu odio.

LUCRECIA BORGIA (*rabiosa*).—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Salid!

EL CASTO GENTILHOMBRE.—¡Sí, salgamos! ¡Ven, mi Lorenza! ¡Lejos de las miradas indiscretas podemos vivir aún dulces instantes! ¡Pero, para evitar el escándalo, delante del mundo te llamaré abuelito! ¡Ven, mi Lorenza! (*Salen enlazados.*)

TELON

A. R. H.

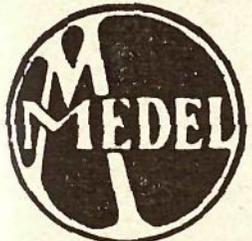
**CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR**

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**  
 APARTADO 12.142  
 MADRID

D. P. Del A. Almería. — ¡Hombre, gracias a Dios! De sus dos trabajos, últimamente enviados, ha tenido la suerte de provocar nuestra admiración el referente a la tragedia del hombre obeso. Se publicará, por tanto, y le enviamos la enhorabuena. Ya era hora, ¿verdad?



**GRAN VIA, 18**  
 JUGUETES  
 COCHES DE NIÑO

Amadeo de Plata. — Querido dueño, digo querido amigo: sus *Efemérides hispanas* no tienen cabida porque aquí tenemos ya un honradísimo colaborador que se ocupa de chuflearse de la historia de España, como hemos repetido innumerables veces. Y su cuento *El mal*

¡La lotería de la suerte!  
**Rita Seoane** Admón. núm. 10  
 37, Mayor, 37  
 Envíos a provincias  
 Pruebe su suerte en Mayor, 37

menor tiene el pícaro inconveniente de ser más viejo que la Alhambra. Por lo tanto, aunque sea cuento, no viene a cuento. ¡Hay que calentarse la cabeza o morir repentinamente, dicho sea hablando en plata, querido Amadeo!



**HERNIAS**  
 Bragueros científicos  
 y Campos  
 único MEDICO  
 ORTOPEDICO  
 de MADRID  
 Augusto Figueras 8

Alejandro el Fuerte, Madrid. — ¿Nos quiere usted hacer el señalado favor de irse a dar una vueltecita por Recoletos y contarnos luego lo que ha visto?... Es la manera más elegante que hemos encontrado de mandarle a usted a paseo, después de leer su indescriptible artículo.

**EMILIANO GARCÍA**  
 Mercería, Pasamanería y Novedades  
 Precios económicos  
 96, Fuencarral, 96

J. P. Sevilla.  
 Ya dije hace unos días que no queremos futbolisterías. Haga usted otra cosa y se publicará, si es que es graciosa. Cuando hay buena intención con dos frases se arregla una [cuestión].



**CREMA Polar**  
 Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.  
**CORTÉS Y HERMANOS. — BARCELONA**

Rigoletto, Madrid. — No podemos hacer nada con eso. Dibujos que se van a pique. — Los creados con el divino soplo de la inspiración de los siguientes señores: Buffalo Bill, García Medina, J. Fuentes, P. Ch. Ra., Silverio, Tere y Mary, Seyer, A. Castrillo, Cri-Cri, Bueno, V. Palma, San Avi,

“Valdezarza” El mejor purgante  
 Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

Rojas, Graitito, Quico, Tú, A. Lobo, C. Vicent, Oosu, Carlos Martínez, Valletta (los veintuno de Madrid); Jota Pe, J. Vázquez (los dos de Jerez); H. M. (de Barcelona), Correa (de Albacete), F. de F. (de Melilla), Calvo (de Jaén), F. A. M. (de Ceuta), Joaquín Díaz (de Laguna de

**CASA JIMÉNEZ**  
 Primera casa en  
**OBJETOS PARA REGALOS**  
 Aparatos fotográficos.  
 Cinematografía.  
 Preciados, 58 y 60.

Tenerife), Corripis (de Oviedo), Serrano (de Robrers), J. Murillas (de Valencia), Bou (de Alcoy), F. Ansuátegui (de Santiago de Compostela), Florián de Ocampo (de Cartagena), y Ape es, Algar, Cortés, Micalaf, Graitón, A. Valls, Alfonso de León, Castillo, A. Rico, Clara Bonet y A. Gran (los once de procedencia ignorada).

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**  
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO  
 Primera marca mundial **LOGROÑO**

Madrinas de guerra. — Las están ne esitando, como el comer pavo trufado a dos carrillos, los señores: José Santiago Murcia y Agustín Cubría (batallón cazadores Talavera, quinta compañía, Tetuán); A. M. C. C. Garmendia y M. G. P. N. Salcedo (tercera y cuarta compañías, respectivamente, del primer batallón del regimiento de Africa, Melilla); Pedro Rodríguez Domingo (sargento del batallón cazadores Madrid, primera compañía, Tetuán); Elías Lorente Hidalgo (regimiento Infan-

(primera compañía, Depósito, Riffien, Ceuta); Joaquín Sánchez Sicilia (cabo de aviación militar, grupo de bombardeo Bréguer, Nador, Melilla); M. L. M. (alférez del regimiento Serrallo, sexta del segundo, Ceuta); F. A. G. (alférez del regimiento Serrallo, tercera del segundo, Ceuta); C. A. (teniente del regimiento Serrallo, quinta del segun-

do y también Ceuta); y para final, la siguiente serie de formidables sargentos: José Cabanillas (Centro Electrotécnico, Larache), Resituto Peña (Hospital Convalecientes, Larache), Ovidio Santín (cazadores Madrid, Tetuán), Francisco Arias (Centro Electrotécnico, Larache), Ricardo Correcher (batallón expedicionario Bailén, Larache); Juan Pastor (primera batería ligera del regimiento artillería de Ceuta), A. V. F. (batallón cazadores Chiciana, Larache), César Colás (batallón ca-

tería Toledo, tercera compañía del batallón expedicionario de Melilla); J. A. de Florez (tercera compañía del batallón expedicionario de Isabel la Católica, Tafersif, Melilla); Enrique Yuste y Juan de Mena (cabos de cazadores de Llerena, quinta compañía, Tetuán); Epifanio Jor-

zadores Tarifa, Larache), Francisco Aguilar (batallón expedicionario Mallorca, Larache) y Pedro Ferrer (batallón cazadores Chiciana, Larache).



**CONFERENCIAS, MONOLOGOS, PARODIAS Y HUMORISMO**  
 2 Ptas.  
 Pedidos: LUIS SANTOS  
 Carretas, 9. Madrid.

Lea usted “Vida Madrileña”  
 Anuncie en  
 Oficinas: Fuencarral, 166  
 Director: DOZ DE LA ROSA

Rabasada, Málaga. — Agradecidísimo a sus elogios, no podemos, sin embargo, corresponder a ellos en la forma que usted solicita, o sea enviándole gratis y con completo amor nuestro periódico. Esa forma de pago de la suscripción a BUEN HUMOR sería funesta para nuestros intereses, pues le saldrían

**AMADOR**  
 FOTÓGRAFO  
 PUERTA DEL SOL, 13

a usted una infinidad de imitadores que elevarían nuestra tirada a varios millones de ejemplares, sin resultado apreciable en nuestra caja, o con un resultado que la convertiría en una caja de muerto, con la cual nos tendrían que enterrar juntos a todos. ¡Y como eso sería una formidable lástima, no queremos exponernos a que suceda!

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

En el tranvía.  
 EL COBRADOR.—¡Chico! Te bajas del tope o te doy dos puntapiés.  
 EL CHICO.—Espérese a que pare.  
 EL COBRADOR.—¿Por qué?  
 EL CHICO.—Porque hay un letrero que dice: «prohibido apearse en marcha».

F. López.—Madrid.

Noticias de última hora.  
 «Esta mañana, a las seis, ha sido ejecutado Cipriano Gavira, alias *El Pito*...»  
 Me parece que no puede estar más claro que ha sido *El Pito*-reo de muerte.

Juan Rizzo Galofre.  
 Barcelona

## Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anfs Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

—¿En qué se parece el fruto de la vid a una persona que está indecisa entre ir a un sitio o quedarse?  
 —En que el fruto de la vid es la uva, y la persona indecisa *u-va*, u se queda.

Amador Silverio.—Madrid.

Entre un actor bueno y otro malo.  
 EL BUENO.—Mañana me can un banquete, Paco. Ya lo sabe todo Madrid.

EL MALO.—¡Eres un vanidoso, Jacinto! ¡La otra noche me dieron a mí un banquetazo y no quiero que se entere nadie!

Angel Fernández de Córdoba.  
 Río Martín.

## ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7  
 Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

—¿Qué artistas son los que pueden desempeñar dos oficios a la vez?  
 —Los toreros, porque muchas veces toreando hacen *de-sastres*.

Ferro.—Santander.

Examen de Historia.  
 —¿Cuál ha sido el rey a quien se le veía menos por palacio?  
 —Carlos el Calvo, al cual no lo gró nadie verle el pelo.

Un lector de BUEN HUMOR.  
 Zaragoza.

—¿En qué se parece un billete de cincuenta pesetas a un guardia de seguridad?  
 —En que ni uno ni otro se encuentran cuando hacen falta.

Ramón Calvo.—Herrera.

Justa réplica.  
 EL COMISARIO.—¡Usted es incorregible! ¡Ya es la tercera vez que viene usted aquí!

EL BORRACHO.—¡Señor comisario, usted viene todos los días y todavía no le he dicho nada!

Un Monte Hermoso.  
 Calahorra.

## FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.  
 Teléfono 48-00.

EL PROFESOR.—Pepito, nómbrame una planta aromática.

PEPITO.—La planta de los pies.

El chimbito Hurtado.—Bilbao.

—¿En qué se parecen la torre Eiffel y una mujer coqueta?

—En que las dos han gastado mucha pintura.

Tinteco.—Madrid.

En una consulta.  
 —Doctor, mi estómago no puede soportar ningún alimento.

—Bien, bien...; pues no coma usted nada y venga a verme dentro de veinte días.

Antonio Lobo.

—¿En qué se parece un bote de hoja de lata a un cabo de infantería?  
 —En que ambos han sido *sol-dados*.

Mignon Lescaut.—Madrid.

El colmo de un fabricante de generos de punta:  
 Tomar el chocolate con medias de su casa.

Mari Pepa.—Valladolid.

Curiosidad.  
 —Oye, abuelito, ¿por qué trotan los caballos?  
 —Por salir del paso, hijito.

Justiniano.—Escorial.

El colmo de un usurero:  
 Reclamar el seis por ciento por haber prestado oídos a una conversación.

Jaime O. Salvatella.—Ben Tieb.

Anuncio peligroso:  
 «La persona que pruebe que los específicos que vende esta casa son perjudiciales para la salud, recibirá gratuitamente tres trascos de los mismos.»

K. Chis T.—Compostela.

*Siempre dice Matilde:  
 «¡Qué guapo viene Bartolo desde que usa de Orive Licor del Polo!»*

Entre marido y mujer.  
 ELLA.—¿Por qué no te levantas?  
 ¿Es que no te encuentras bien?  
 EL.—Precisamente por eso no me levanto, por lo bien que me encuentro

Orilletiar.—Madrid.

—¿No decías que Luis había aprobado en Aritmética.  
 —Sí, ¿y qué?  
 —Que lo han suspendido.  
 —¡Toma, ya lo sé!... ¡Por eso dije que *ha probado!*...

Escipión.—Cartagena.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
 Provisiones, 12.



(De Life, Nueva York.)

LA MUJER DEL NATURALISTA.—¿Qué precio tienen los huevos?

EL TENDERO.—Veinticinco centavos, uno.

LA MUJER DEL NATURALISTA.—¿Gallina o dinosaurio?

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

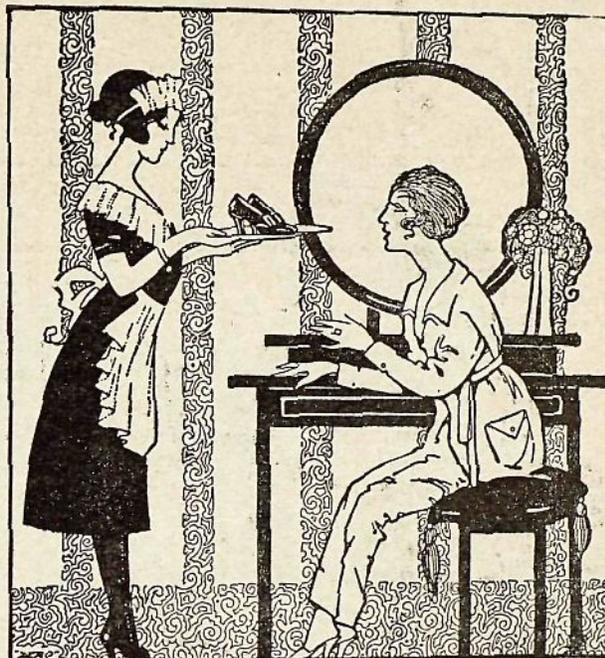
### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID  
APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2

PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Losión Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

### ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinoso.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

# BUEN HUMOR



*Dib. A. MATEOS.—Madrid.*

—Nos han recomendado a usted como el mejor oculista de la capital...  
—¡Señoral...  
—... y confío que acabará con las malditas hemorroides de mi esposo.